

Cecilia Méndez, "El Inglés y los  
Subalternos: Comentario..."

REPENSANDO LA SUBALTERNIDAD  
MIRADAS CRÍTICAS DESDE/SOBRE AMÉRICA LATINA

PABLO SANDOVAL

Compilador

**SEPHIS**

The South-South Exchange Programme for  
Research on the History Development

*IEP Instituto de Estudios Peruanos*

2009

Copyright ©

Further duplication of this material is not permitted

Serie: América Problema, 26

© IEP INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS  
Horacio Urteaga 694, Lima 11  
Telf. (511) 332-6194  
Fax (511) 332-6173  
Correo-e: <publicaciones@iep.org.pe>  
Web: <www.iep.org.pe>

© SEPHIS  
"SOUTH-SOUTH EXCHANGE PROGRAMME  
FOR RESEARCH ON THE HISTORY OF DEVELOPMENT"  
Cruquiusweg 31  
1019 AT Amsterdam  
Países Bajos  
Teléfono: +3120 463 63 95  
Telefax: +3120 463 63 85  
Correo-e: <sephis@iisg.nl>  
Web: <www.sephis.org>

ISBN: 978-9972-51-251-3

ISSN: 1019-4460

Impreso en Perú

Primera edición: Lima, septiembre de 2009  
1000 ejemplares

Hecho el depósito legal  
en la Biblioteca Nacional del Perú: 2009-11349

Registro del proyecto editorial  
en la Biblioteca Nacional: 11501130900652

Fotografía de carátula: © Archivo fotográfico TAFOS / PUCP, Melchor Lima, 1989.

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas de este libro  
por cualquier medio sin permiso de los editores.

SANDOVAL, PABLO, COMP.

*Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina.*  
Lima, IEP; SEPHIS, 2009. (América Problema, 26)

ANTROPOLOGÍA; HISTORIOGRAFÍA; GLOBALIZACIÓN; NACIONALISMO;  
DESIGUALDAD SOCIAL; AMÉRICA LATINA; PERÚ

W/02.04.01/A/26

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	9
I. AFINIDADES ELECTIVAS. LA PROMESA DE LA HISTORIOGRAFÍA POSCOLONIAL Y SUBALTERNA .....	25
1. DIPESH CHAKRABARTY Una pequeña historia de los <i>Estudios subalternos</i> .....	27
2. ARIF DIRLIK El aura poscolonial. La crítica del tercer mundo en la edad del capitalismo global .....	57
<i>Entre el entusiasmo y la sospecha. La recepción de la teoría poscolonial y subalterna en América Latina</i> .....	107
3. J. JORGE KLOR DE ALVA La poscolonización de la experiencia (latino) americana: una reconsideración de los términos "colonialismo", "poscolonialismo" y "mestizaje" .....	109
4. FLORENCIA E. MALLON Promesa y dilema de los <i>Estudios subalternos</i> : perspectivas a partir de la historia latinoamericana .....	159
5. CECILIA MÉNDEZ G. El inglés y los subalternos. Comentario a los artículos de Florencia Mallon y Jorge Klor de Alva .....	207

II. PERSPECTIVAS ALTERNATIVAS PARA ENTENDER NUESTRO TIEMPO.	
GLOBALIZACIÓN, NACIONALISMO Y DESIGUALDAD EN AMÉRICA LATINA .....	259
6. FREDERICK COOPER	
¿Para qué sirve el concepto de globalización? La perspectiva de un historiador africanista .....	261
7. JOHN COATSWORTH	
Ciclos de globalización, crecimiento económico y bienestar humano en América Latina .....	299
8. ERIC J. HOBSBAWM	
Nacionalismo y nacionalidad en América Latina .....	327
9. CLAUDIO LOMNITZ	
El nacionalismo como un sistema práctico. La teoría del nacionalismo de Benedict Anderson desde la perspectiva de la América española .....	345
10. PAUL GOOTENBERG	
Desigualdades persistentes en América Latina. Historia y cultura .....	391
III. DE LOS SUJETOS MARGINADOS A LOS MÁRGENES DEL ESTADO.	
ESPECIFICIDADES DE LA EXPERIENCIA PERUANA .....	417
11. MARK THURNER	
Genealogías peruanas de historia y nación .....	419
12. JOSÉ LUIS RÉNIQUE	
Indios e indigenistas en el altiplano sur andino peruano, 1895-1930 .....	461
13. XAVIER ALBO	
Etnicidad y política en Bolivia, Perú y Ecuador .....	497
14. CECILIA MENDEZ G.	
Militares populistas. Ejército, etnicidad y ciudadanía en el Perú .....	561
15. DEBORAH POOLE	
Justicia y comunidad en los márgenes del Estado peruano .....	599
SOBRE LOS AUTORES .....	639
FUENTES ORIGINALES DE LOS ARTÍCULOS .....	643

## PRESENTACIÓN

PABLO SANDOVAL  
*Instituto de Estudios Peruanos*

LOS TRABAJOS REUNIDOS EN ESTA COMPILACIÓN constituyen una muestra del fructífero encuentro entre historia y antropología para la comprensión de América Latina y del Perú. Incorporando perspectivas innovadoras, formulando críticas relevantes y replanteando convencionalismos e inercias institucionalizadas, los artículos aquí agrupados representan un corpus reconocible para el público especializado, pero merecen (y exigen) la atención del lector que no lo es. Y en particular de aquellos o aquellas estudiantes o docentes de ciencias sociales interesados en conocer las discusiones recientes en los cada vez más movizados territorios de la historia y la antropología, pero que por las asimetrías de nuestro espacio académico no han podido acceder a las publicaciones que originan o recogen lo sustancial de estos debates.

Un elemento que reproduce la desigualdad de acceso, a pesar de las promesas y potencialidades que ofrece Internet, es la barrera del idioma. Por ello, hemos incluido la traducción de textos decisivos en el espacio académico, muy citados en las discusiones especializadas, pero desconocidos o sólo divulgados oralmente en nuestras latitudes. Esperamos que esta publicación fomente la incorporación y la discusión crítica de nuevas perspectivas en el ámbito académico nacional, claves para entender viejos procesos y tópicos con renovados enfoques y conceptos.

Los artículos se distribuyen en tres secciones. La primera sección presenta textos que discuten los orígenes, posibilidades y límites de los denominados "Estudios subalternos y poscoloniales". La llamada de atención

STERN, Steve J. (ed.)

1987 *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World-18th to 20th Centuries*. Madison: University of Wisconsin Press.

1993 *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest Huamanga to 1640 (2ª ed.)*. Madison: University of Wisconsin Press.

SULLIVAN, Paul

1989 *Unfinished Conversations: Mayas and Foreigners between Two Wars*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

TALWAR, Vir Bharat

1989 "Feminist Consciousness in Women's Journals in Hindi: 1910-1920". En Kumkum Sangari y Sudesh Vaid (eds.), *Recasting Women: Essays in Indian Colonial History*. Nueva Delhi: Kali for Women, pp. 204-232.

THARU, Susie

1989 "Tracing Savifri's Pedigree: Victorias Racism and the Image of Women in Indo-Anglian Literature". En Kumkum Sangari y Sudesh Vaid (eds.), *Recasting Women: Essays in Indian Colonial History*. Nueva Delhi: Kali for Women, pp. 254-268.

VIDAL, Hernán

1993a "Postmodernism, Postleftism, Neo-Avant-Gardism: The Case of Chile's". *Revista de Crítica Cultural*. En *Boundary*, pp. 203-227.

1993b "The Concept of Colonial and Postcolonial Discourse: A Perspective from Literary Criticism". En *LARR*, nº 26: 113-119.

WALKER, Alise y Pratibha PARMAR

1993 *Warrior Marks: Female Genital Mutilation and the Sexual Blinding of Women*. Nueva York: Harcourt Brac.

## 5

CECILIA MÉNDEZ G.

### EL INGLÉS Y LOS SUBALTERNOS

Comentario a los artículos de Florencia Mallon y Jorge Klor de Alva<sup>1</sup>

No debemos olvidar el rol del idioma inglés como un mecanismo privilegiado de difusión de la información a nivel global. Tal posición transmite un estatus especial a los trabajos publicados en inglés, en la medida en que extiende su campo de influencia y contacto, con todas las consecuencias que esto representa en términos de un mayor acceso a los recursos del mercado intelectual.

ROBERTO KANT DE LIMA<sup>2</sup>

Conectar la historia a un lugar es la condición de posibilidad para cualquier análisis social [...]. Tomar en serio el lugar es la condición que permite afirmar algo que no sea legendario [...] ni irrelevante [...]. En tanto la negación de la especificidad del lugar es el principio de la ideología, toda teoría queda excluida. Más aún, al mover el discurso al 'no-lugar', la ideología le prohíbe a la historia hablar de la sociedad y de la muerte, en otras palabras, de ser historia.

MICHEL DE CERTEAU<sup>3</sup>

COMENTAR DOS ARTÍCULOS escritos originalmente en la primera mitad de la década de 1990 no es tarea fácil. No sólo porque ambos han sido desde

1. Agradezco la eficiente ayuda de Anil Mukerjee en la búsqueda bibliográfica que fue necesaria para la elaboración de este ensayo, así como la infinita paciencia de Pablo Sandoval por haber esperado más allá de lo razonable para la entrega de este ensayo. Todas las traducciones del inglés y francés son mías, salvo que se cite una edición castellana de un texto originalmente escrito en otra lengua.
2. Kant de Lima (1992: 205-206).
3. De Certeau (1975: 79).

entonces objeto de citas y referencias a las que no podré hacer justicia en este espacio, sino porque el contexto político en el que se escribieron ya no es el mismo. Y ello afecta la vigencia que puedan tener algunos de sus postulados. El artículo de Florencia Mallon, por ejemplo, parte de un desencanto por ver esfumados los sueños de la revolución que la llevaron a interesarse por América Latina hace unas décadas. Y esta desilusión la conduce a buscar nuevos paradigmas de radicalidad política e intelectual en la India. El momento actual exigiría, quizá, otros argumentos. Ya que la nueva ola de gobiernos de tendencias cuestionadoras del orden neoliberal que vienen emergiendo en América Latina en los últimos años –lo que algunos han dado en llamar “la nueva izquierda latinoamericana”– ha creado nuevos referentes políticos en el subcontinente, ¿cómo justificar, en este nuevo contexto, la búsqueda de nuevos paradigmas de radicalidad política en la India?

Mi comentario parte del supuesto de que si los autores han aceptado reimprimir sus artículos para esta edición castellana es porque, en lo fundamental, siguen suscribiendo sus argumentos. Parto también por reconocer mi posición privilegiada para formular este comentario. No me refiero sólo a la ventaja que me da el paso del tiempo, sino a mi propia ubicación profesional y personal, doblemente enraizada en el debate académico peruano –de donde proviene mi formación intelectual y al cual nunca he dejado de pertenecer– y la academia estadounidense, donde ejerzo la docencia universitaria desde hace una década. Esta doble ubicación no es tangencial a lo que voy a decir en este comentario. Me hace especialmente consciente de la forma en que nuestro lugar institucional, nacional y social está estrechamente conectado a lo que decimos: a las historias que contamos. Parece obvio pero lo olvidamos con demasiada frecuencia. Hacer abstracción de nuestros “lugares de producción”, como diría De Certeau, sería volver al positivismo más chato; es decir, pensar que uno es capaz de escribir en un lenguaje neutro o universal y para un público igualmente indeterminado. Sabemos que ello no funciona así. De Certeau lo explicó mejor:

En historia toda “doctrina” que reprime su relación con la sociedad debe ser considerada abstracta. Ella niega la misma materia con respecto a la cual es elaborada. Está sujeta así a los efectos distorsionadores que son producto de

la eliminación de aquello que la sitúa, pero sin que sea expresado como tal o llevado al plano consciente.<sup>4</sup>

Vale decir, un discurso historiográfico no puede entenderse al margen de las circunstancias que lo engendran. De Certeau se refirió a este conjunto de instancias como “el lugar de producción de la historia”. Este incluye factores como las constricciones impuestas por las instituciones a las que pertenecemos, las revistas y editoriales donde publicamos, nuestro campo profesional y la audiencia que imaginamos. De Certeau sostiene que pese a ser casi siempre silenciados por nuestro discurso, estos factores lo moldean decisivamente. Un lugar de producción, por tanto, no es sólo, o no es tanto, un lugar físico cuanto un lugar de enunciación.

En ese sentido, cuando decía que el contexto actual no es el mismo que aquel en que se escribieron los artículos que son materia de mi comentario, no me refería únicamente a los cambios en la escena política latinoamericana ya mencionados, sino ante todo a su lugar de producción en el sentido *decerteauiano*. Se trata de una instancia más local pero también más decisiva de tomar en cuenta si se trata de hacer una crítica intelectual en serio. Los artículos de Mallon y Klor de Alva fueron publicados originalmente en inglés, en importantes medios de la academia estadounidense, como parte de debates específicos pertenecientes a aquel medio académico. ¿Cómo hacer para que cobren sentido en nuestro medio? Es parte de lo que quisiera lograr con mi comentario. Y al decir “nuestro” me situó –como lo haré a lo largo de este ensayo– en el lado inexorablemente peruano de mi identidad.

“Promise and Dilemma” constituye un balance a la vez crítico y favorable de las tensiones que caracterizan a los llamados “estudios subalternos” en los Estados Unidos desde el punto de vista de una reconocida historiadora latinoamericanista estadounidense. Los estudios subalternos son una corriente historiográfica surgida en la India, en 1982, cuyo principal objetivo fue escribir una historia que incluyera a los actores tradicionalmente marginados de esta –a quienes ellos prefieren llamar “subalternos”– en un contexto de descolonización de este país surasiático del dominio inglés. La historia subalterna se propuso dotar a la India de una

4. De Certeau (1975: 70).

historia nacional propia, y aspiraba a corregir no sólo las versiones coloniales de la historia de la India sino su historiografía nacional, y nacionalista, caracterizada por su elitismo, a decir de Ranajit Guha, fundador de la escuela.<sup>5</sup> Surgió asimismo en confrontación con las políticas estatistas y crecientemente autoritarias del partido gobernante de la India, Partido del Congreso, y contra los intelectuales marxistas que se le aunaron en su represión de los movimientos populares de la época.<sup>6</sup> Los historiadores subalternos le increpaban a la elite gobernante su incapacidad de dirigir la nación. Varios integrantes de esta escuela, en su mayor parte intelectuales de la elite norindia bengalí, de filiación hindú y educados en Inglaterra, se involucraron o simpatizaron con agrupaciones políticas maoístas en los años setenta y ochenta.<sup>7</sup>

Los escritos iniciales de la escuela subalterna constituyen, en muchos sentidos, una versión bengalí de la “historia desde abajo” (“the History From Below”), a la que había dado un gran impulso la historia marxista inglesa de los años sesenta y setenta; en particular, pero no exclusivamente, los trabajos de E. P. Thompson: una historia que hizo de los actores usualmente marginados de la grandes narrativas los actores protagónicos de la historia: las clases trabajadoras, los campesinos y la plebe. Quizá la mayor diferencia entre la historiografía subalterna india y la “historia desde abajo” europea en sus diversas vertientes (sean la historia de la cultura popular europea, la historia de las masas rebeldes y campesinas en Francia o la historia de la clase obrera en Inglaterra) fue que la primera vio la luz en un país en pleno proceso de descolonización y se revestía, consecuentemente, de un tono de denuncia simultánea al colonialismo inglés y al neocolonialismo indio. Ello explica por qué tan a menudo la historia subalterna se funde (y se confunde) con la llamada crítica poscolonial.

Las comparaciones que se pueden hacer desde América Latina entre los primeros manifiestos de la escuela subalterna y la teoría de la dependencia de los años sesenta y setenta son evidentes, pese a que no hay registro de esta influencia por parte de los indios. Cabe precisar que, entre nosotros, las increpaciones a la “incapacidad de la elite para dirigir los

5. Guha (1982).

6. Bahl (2000: 85-124).

7. Ídem. El grupo también incluyó originalmente a unos pocos historiadores ingleses.

designios de la nación”, o constituirse en “burguesía nacional”, así como la denuncia a la continuidad de las estructuras coloniales en el periodo nacional –más conocida como “herencia colonial”– tienen un pedigrí más antiguo, como más antigua es nuestra historia nacional. José Carlos Mariátegui las desarrolló de manera explícita en la década de 1920, aseverando que la independencia dejó intactas las estructuras económicas y sociales; el historiador José de la Riva Agüero había condenado a las clases altas, a las cuales pertenecía, por su “ineptitud y abulia”, a comienzos del siglo XX. A mediados del siglo XIX, el artista e intelectual Francisco Laso, el aún no suficientemente ponderado precursor de un pensamiento crítico por el que es más conocido Manuel González Prada, había denunciado los hábitos coloniales de las clases gobernantes peruanas.<sup>8</sup> Si consideramos que los postulados de la teoría de la dependencia fueron objeto de contundentes críticas en nuestro medio desde la historiografía, es inevitable leer el manifiesto fundacional de Guha, de 1982, con una sensación de *déjà vu*.<sup>9</sup> El hecho de que lo que antes se denominaba clases o sectores populares (o trabajadoras) y situación neocolonial se designe hoy como “sectores subalternos” y “situación poscolonial” respectivamente no invalida la analogía, y más bien explica por qué tan a menudo las alusiones a la historia subalterna se funden con la llamada crítica poscolonial, como es el caso en los artículos de Mallon y Klor de Alva. Es importante notar que el término “poscolonial” no fue de uso común en los escritos subalternos iniciales. Se popularizó más bien a medida que sus escritos y sus autores se trasladaban a otros contextos, principalmente a Norteamérica.

La historia subalterna se ha venido expandiendo con fuerza en los medios académicos estadounidenses desde la década de 1990 a partir de la publicación, en 1988, del libro *Selected Subaltern Studies*, editado por Ranajit Guha y Gayatri Spivak, con un prólogo de Edward Said, bajo el sello editorial de la Oxford University Press sede Nueva York. Se trata de una antología de artículos tomados de una serie de volúmenes titulados *Subaltern Studies: Writings in South Asian History and Society* publicados también por Oxford sede Delhi, a través de los cuales los historiadores de

8. Véase Laso (2003). En cuanto a la tradición intelectual de incriminación a sus gobernantes en el Perú, véase Chocano (1987) y Méndez (1995).

9. Ver Gootenberg (1989a, 1989b), Chocano (1987) y Méndez (1995).

la escuela subalterna dieron a conocer sus trabajos a partir de 1982. Estos tomos originales tuvieron una escasa circulación en Estados Unidos. Por ello, la antología de 1988 publicada en ese país cumplió un papel divulgador importante. Pero no menos importante fue la migración laboral de algunas figuras (hoy) más representativas de la escuela subalterna (Chakrabarty, Chatterjee, Spivak, Prakash, Amin, Pandey) de Calcuta o Inglaterra a las universidades de elite estadounidenses donde hoy ocupan cátedras importantes.

La influencia de la llamada historia subalterna no ha sido homogénea entre las varias disciplinas de las universidades norteamericanas, encontrando en los programas de Literatura, Inglés, Literatura Comparada, Arte e Historia del Arte, particularmente en las áreas de especialización "no europeas", algunos de sus más entusiastas adeptos. Es posible que el impacto que tuvieron los estudios subalternos en estas disciplinas, en particular, tuviera que ver con el aval dado a la compilación de 1988 por Edward Said, una figura tan prestigiosa en la crítica literaria y un intelectual de talla mundial. Pero este hecho está vinculado a la vez con la temprana apertura de la escuela subalterna a las corrientes deconstruccionistas, en particular a lo que los historiadores estadounidenses han dado en llamar "el giro lingüístico": una especial sensibilidad por el análisis del discurso, como lo prueba la temprana influencia de Foucault y Barthes, entre otros, en sus escritos. Uno de los ejemplos más citados de deconstrucción del discurso en la historiografía subalternista es "La prosa de la contrainsurgencia" de Guha, que partiendo por deconstruir el discurso de la elite colonial sobre la insurgencia campesina deviene en una crítica más amplia a la historiografía.<sup>10</sup> Pero el giro deconstruccionista más radical se produce con el ingreso de Gayatri Spivak a las filas subalternistas. Su seminal –si bien en buena parte críptico– artículo de 1986 "Can the Subaltern Speak?" ponía en tela de juicio no sólo la capacidad de los historiadores para aprehender el pensamiento de los actores "subalternos", sino la de estos para dejar rastros de su propio pensamiento en contextos de extrema opresión, en especial, las mujeres en una sociedad patriarcal.<sup>11</sup> A partir de entonces una tendencia deconstruccionista más

10. Guha (1988: 45-84).

11. Spivak (1988a: 271-316).

extrema se hizo presente en los escritos subalternistas.<sup>12</sup> Estos giros explican el creciente interés que fue adquiriendo la escuela subalterna entre los críticos literarios y en el campo de los llamados "estudios culturales" –una suerte de fusión entre la crítica literaria y la sociología.

El artículo de Florencia Mallon debe entenderse dentro de este contexto. Ella se propone rescatar la "escuela subalterna original" de una crítica literaria para la cual la historiografía y el trabajo de archivo pasarían a un segundo plano. Uno de los blancos de su crítica es el Latin American Subaltern Studies Group, o Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano, formado en los Estados Unidos en 1993, y cuyos integrantes eran, en su mayor parte, profesionales latinoamericanos de la literatura establecidos en universidades norteamericanas, contando con una sola historiadora en sus filas.<sup>13</sup> El hecho de que lo que nace como una escuela historiográfica encuentre más adeptos entre los críticos literarios que entre los historiadores es probablemente un síntoma de los tiempos posmodernos. Tiempos en que la crítica del discurso es el punto de partida de toda crítica y en que la literatura parece desplazar a la sociología como la especialidad por antonomasia de la "denuncia social".<sup>14</sup> Mallon escribe contra una creciente tendencia a "privilegiar el análisis textual y [...] las fuentes literarias excluyendo el trabajo de archivo y el trabajo de campo, tanto como la tendencia a asumir que en tanto ambos son textos construidos, pueden sustituirse uno por el otro".<sup>15</sup> Afirmación que hago mía, tanto como su llamado a perseverar en el trabajo de archivo, pese a que estas fuentes "se rehúsan a arrojar imágenes nítidas". Pues "en tanto los archivos proporcionan claves únicas sobre las relaciones de poder, y sobre las encrucijadas morales, humanas y filosóficas que enfrentaron las personas que los produjeron [...] no podemos darnos el lujo de prescindir

12. El mismo Guha, sin renunciar a su lenguaje militante inicial, empieza a hacer más explícita su vocación teórica posmoderna, en diálogo con los críticos literarios del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano fundado en Estados Unidos (ver siguiente nota). Ver Guha (2001: 35-46). Esta es la tendencia creciente en los trabajos de Chatterjee, Chakrabarty, Prakash y Amin, entre otros.

13. Véase el manifiesto del autodenominado Latin American Subaltern Studies Group (1993: 110-121). Para una compilación que expresa sus puntos de vista véase Rodríguez (2001a, 2001b). Para el Perú, consúltese los trabajos de Víctor Vich.

14. Esta es una interpretación muy personal que hago de Starr (1995).

15. Mallon (1994: 1491-1515, 1508).

de ellos".<sup>16</sup> Me identifico con esta crítica no sólo por una antigua convicción profesional, sino porque creo que se viene derrochando demasiada tinta en debates estériles tales como el reiterar la imposibilidad de rescatar las voces subalternas y la "subalternidad", y en proponer cada cual su interpretación de la forma en que debe usarse el término, siendo ahora común decir que subalterno no es un ser humano cuya historia hay que rescatar, sino la misma instancia de "lo irrescatable."<sup>17</sup> ¿Cuál es el siguiente paso después de haber llegado a tal conclusión?

Desde el punto de vista de historiadores formados simultáneamente en los archivos, el trabajo de campo y la crítica al positivismo, que es tan vieja como el siglo XX, lo único nuevo de estas preguntas son los términos "subalterno"/"subalternidad". Las preguntas en sí son antiguas. Los historiadores, por lo general, permanecemos en la disciplina conscientes de que es una profesión a medio camino entre el arte y la ciencia; que trabajamos siempre con fragmentos de evidencias; que habrá siempre mucho de irrecuperable del pasado, especialmente en lo que atañe a los sectores más desaventajados de una sociedad; que toda reconstrucción es interpretación y que los silencios hablan si sabemos escucharlos. Conscientes, al fin, de que nuestra reconstrucción inevitablemente fragmentaría del pasado es siempre una aproximación subjetiva, pero si es honesta, puede arrojar luces sobre lo que pensaban y sentían seres humanos que vivían un tiempo que no es el nuestro. Es cierto que el debate en torno a la (im)posibilidad de una "verdad objetiva" en el conocimiento histórico se ha acentuado en estos tiempos en que la idea del progreso lineal en la historia y sus concomitantes utopías liberal y marxista han entrado en crisis. En la nueva historiografía universal existen libros ponderados y muy inspiradores para este debate, que no es, ni mucho menos, privativo de la escuela subalterna. Entre mis favoritos puedo citar el del historiador y antropólogo haitiano Michel-Rolph Trouillot, *Silencing The Past*, sobre el cual volveré en un momento.<sup>18</sup>

\* \* \*

16. Ídem, *loc. cit.*

17. Para ejemplos véase Rodríguez (2001a).

18. Trouillot (1994).

La escuela subalterna ha sido objeto de severas críticas, siendo la que acabo de enunciar sólo una de ellas. Los dardos más audaces han proveni-do de sus connacionales indios y de algunos historiadores ingleses especializados en el sur de Asia. Se le ha increpado a esta escuela el romantizar a los actores subalternos asumiendo, por momentos, "la existencia de un campesinado estático y una conciencia campesina unificada, definida por su lucha contra el colonialismo", en el caso de Guha; y la de una "cultura popular" o 'economía moral' campesina esencial que linda con una visión orientalista", en el caso de Shahid Amin.<sup>19</sup> En la que me parece personalmente una de las críticas más agudas, el historiador C. A. Bayly sugiere que estas falencias expresan la dificultad de la escuela subalterna para identificar y explicar el cambio. Y son producto, por otro lado, de un énfasis en la supuesta "autonomía" de las clases subalternas, en la que insisten a menudo contra sus propias evidencias. "Este interés", dice Bayly, "parece haberlos sustraído de moverse hacia una 'historia total' en la cual la política de la elite, las instituciones y las diferencias sociales y económicas entre el campesinado juegan un rol crítico en limitar y moldear la acción subalterna".<sup>20</sup> Rosalind O'Hanlon y David Washbrook sugieren que este rechazo a situar las historias locales en marcos más amplios es parte de una postura posmoderna de rechazo a las "grandes narrativas" y al análisis de la causalidad en la historia, que es peligrosa en tanto hace abstracción de realidades tan centrales como el sistema capitalista para explicar los desbalances de poder en una sociedad.<sup>21</sup> En similar sentido, otros les han increpado extrapolar historias individuales de sus contextos y hacer un énfasis en la noción de comunidad que les hace soslayar la noción de clase; en fin, les han criticado embarcarse en un análisis cultural

19. Bayly (2000: 116-126, 121). Las críticas a Guha son principalmente a su libro *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Delhi: Oxford University Press, 1983. Pese a que Guha es consciente de que el campesinado indio no puede ser echado en un solo saco, coincido con Bayly en que el tono y estilo de su obra refuerzan el estereotipo de un campesinado definido fundamentalmente por su condición de "insurgente" y dotado de una conciencia autónoma. Para otras agudas críticas véase Bahl (2000).

20. Bayly (2000: 121).

21. O'Hanlon y Washbrook (1992: 141-167). En similar sentido véase Weinstein (2005: 71-94).

sin tomar en cuenta el mundo material y reducir las relaciones de explotación a un análisis de "diferencias". Las críticas más frecuentes a la escuela subalterna, en suma, resaltan lo opuesto a lo que esta considera como su rasgo distintivo: su carácter conservador.<sup>22</sup>

En la década de 1990 se acentúa el peso de los estudios culturales y el análisis del discurso en los estudios subalternos, tal como lo expresa el volumen X de la serie *Subaltern Studies*.<sup>23</sup> Esta década marca también la migración de importantes representantes de esta escuela a las universidades de elite de los Estados Unidos, donde se descubren como "intelectuales del Tercer Mundo" y se abocan a la crítica del pensamiento de la Ilustración, de la mano con una tendencia intelectual ya en curso en Europa. Crecientemente el rótulo de "subalterno" es reemplazado por los de "poscolonial" y "postorientalista".<sup>24</sup> Desde este posicionamiento los historiadores subalternistas denuncian las implicancias colonialistas del pensamiento europeo. La cruzada es ahora "descentrar" o "provincializar Europa" como sugiere el título de un libro de Dipesh Chakrabarty representativo de esta corriente.<sup>25</sup> Con este giro, según Vinay Bahl, "los intereses iniciales de la escuela subalterna han devenido en secundarios".<sup>26</sup> El hecho de que este viraje haya ocurrido cuando los subalternistas indios más citados en Estados Unidos han alcanzado posiciones encumbradas en la academia de ese país no ha pasado desapercibido por sus críticos. Tampoco la ironía en este contexto de sus autoproclamas de "subalternidad" y de representar la voz de los intelectuales del tercer mundo, como

22. En los casos más extremos, los historiadores subalternistas han sido criticados de "fascistas". Véase un resumen de estas críticas en Bahl (2000).

23. Bharda, Prakash y Tharu (1999). En este volumen contribuyen, además de historiadores y un antropólogo, investigadores dedicados al teatro y al cine e incluso una poeta.

24. Para un buen ejemplo de este discurso véase Prakash (1990: 383-408), y para una excelente crítica, O'Hanlon y Washbrook (1992). Entiendo que la rúbrica "postorientalista" alude al hoy clásico libro de Edward Said, *Orientalismo*. Pero el "post" aún no me queda claro. ¿Se está "más allá" de Said?, ¿se lo ha trascendido?, ¿o se vive con su inevitable herencia?

25. Chakrabarty (2000).

26. Bahl (2000: 88).

las que formulan Gyan Prakash y Dipesh Chakrabarty.<sup>27</sup> Pues si de algo debemos partir es por reconocer quienes hemos llegado a ocupar una cátedra en los Estados Unidos (aun cuando no sea en una *ivy league* o universidad de elite) es nuestra condición de privilegio. Un privilegio que se acentúa en el caso de los intelectuales bengalíes debido a su educación inglesa en un país donde la deferencia hacia *lo inglés* es aún muy fuerte. Personalmente, al leer sus proclamas de subalternidad y de ser voceros de los intelectuales del tercer mundo me he preguntado: ¿por qué habría un profesor de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, por ejemplo —cuyo idioma materno es el quechua y que sabe que sus posibilidades de encontrar trabajo profesional no digamos en EE. UU. sino en Lima son mínimas—, de identificarse con un profesor principal bengalí de Princeton, Chicago o Duke, educado en Oxford, cuyo idioma materno es el inglés, y cuya cultura es aún más inglesa? Cuando vemos que a los propios intelectuales de Lima, egresados de la PUCP, se nos puede ver desde Huamanga como "imperialistas", ¿qué podría esperarse de alguien que viene de Estados Unidos?

En este sentido, creo que antes de buscar reproducir acriticamente los términos del debate sobre la subalternidad que nos llegan de "rebote" desde el Norte, debiéramos plantearnos solucionar los problemas domésticos que nos llevaron a conflictos tan violentos como la guerra de Sendero Luminoso, en primer lugar, y hechos en apariencia tan desconcertantes como el que la Comisión de la Verdad y Reconciliación sea rechazada por aquellos a quienes busca beneficiar en la ciudad de Ayacucho. Mientras estos temas no estén solucionados, no tendrá mucho sentido organizar eventos académicos para hablar, en abstracto, de las teorías de subalternidad. O se hablará de ellas, como diría De Certeau, como una frivolidad, o como ideología, pero no como teoría.<sup>28</sup>

Es por ello que hago eco del comentario que las historiadoras bolivianas Rossana Barragán y Silvia Rivera Cusicanqui hicieron a propósito del artículo de Mallon que hoy nos ocupa. "Una de las peculiaridades del debate latinoamericano", escribieron, "es que cuenta entre sus protagonistas con historiadores de habla indígena, lo que plantea nuevas problemáticas

27. Véase Prakash (1990) y Chakrabarty (2000).

28. Véase el epígrafe de De Certeau al comienzo de este ensayo.

en un contexto signado aún por el imperialismo, el neocolonialismo y el colonialismo interno".<sup>29</sup> Y, en efecto, por más que el discurso de la llamada globalización enfatice la debilidad de las fronteras nacionales, estas continúan afectando el prestigio, o capital simbólico, como diría Bourdieu, de un producto (sea este un producto tangible o uno intelectual) tanto como su posible aceptación. Por tanto, pretender hablar desde un "no lugar", o simplemente "desde la academia", como si existiera un "nosotros académico" neutro, un grupo de "historiadores latinoamericanistas" o "tercermundistas" desprovisto de lengua y nacionalidad específicas, o como si nuestro lugar social e institucional no incidiera en lo que decimos, es crear un silencio en torno a las tremendas disparidades de poder que permiten a unos expresarse, ser escuchados e imponer su discurso, al mismo tiempo que predisponen a otros a aceptarlo. Pretender hablar desde un no-lugar es ser ciegos a los mecanismos de poder que gobiernan las instituciones académicas a las que pertenecemos. Es afirmar, sin decirlo, que los mecanismos del poder y la dominación funcionan sólo para ciertos niveles de la realidad; por ejemplo, para analizar a los "sectores subalternos" y las elites coloniales de tiempos pretéritos, pero no cuando se trata del propio discurso académico. Y es el propio Gramsci, en quien los historiadores subalternistas se inspiran y de quien toman el término "subalterno", quien enfatizó lo que De Certeau corrobora y expande: que el intelectual no puede situarse por encima de la sociedad que critica y más bien debe empezar por reconocer que es parte de sus mecanismos de poder.<sup>30</sup> No se necesita, pues, salir de los postulados gramscianos para reconocerlo. Más bien se necesita aplicarlos hasta sus últimas consecuencias, es decir, hasta a uno mismo.

Personalmente, estoy enteramente de acuerdo en que la crítica al pensamiento ilustrado (entendido como el pensamiento europeo que se impone con el triunfo de la Revolución francesa y se recrea con las doctrinas decimonónicas del progreso) y sus veleidades colonialistas es absolutamente imprescindible en nuestro tiempo, como deben serlo las pretensiones colonialistas provengan de donde provengan. Pero para que sea legítima, esta crítica debe reconocer, en primer lugar, el propio lugar de enunciación como un lugar privilegiado, si lo es, como creo que es en

29. Rivera Cusicanqui y Barragán (1997: 14).

30. Véase Gramsci (1949: 6-38), citado en De Certeau (1975: 66, nota 8).

el caso de los historiadores de la escuela subalterna en Norteamérica. En segundo lugar, creo que esta crítica debe ser comunicada en un lenguaje asequible a los historiadores del tercer mundo a quienes los subalternistas postorientalistas y poscolonialistas aspiran a representar, en un lenguaje desprovisto de jerga académica. Desgraciadamente, este no es el caso en la mayor parte de sus escritos.<sup>31</sup> Más bien, lo que surgió como propuesta radical en la India de los tempranos años ochenta ha pasado a convertirse en los Estados Unidos de los años noventa en una moda académica sin efecto perceptible fuera de los claustros universitarios y las revistas especializadas. Nada de ello me impide reiterar mi acuerdo con la crítica, hoy en ebullición, a las visiones eurocéntricas de la historia. Lo que dispueto es que esta crítica sea *el* atributo de una supuesta teoría poscolonial como esta literatura hoy pretende. En mi experiencia, esta crítica se viene logrando de manera más convincente en aquellos trabajos que ni siquiera usan el término "poscolonial", y que lejos de limitarse a la crítica proporcionan visiones alternativas de la historia universal y de la modernidad desde las márgenes, como lo hacen magistralmente Michel-Rolph Trouillot, en *Silencing the Past*, y desde la antropología andina Thomas Abercrombie, en este último caso rescatando las formas de recordar y registrar el pasado de un pueblo aimara de Bolivia que la antropología tradicional hubiera relegado al territorio del mito, la leyenda, la "pre-historia" o la "no-historia".<sup>32</sup>

Teniendo en cuenta estos antecedentes, si algo me ha impactado en la exploración de la literatura subalternista que he realizado a propósito de este comentario, en particular en su vertiente "postorientalista-poscolonialista" ejemplificada en los trabajos de Prakash y Chakrabarty, no

31. Esta jerga poscolonial viene expandiéndose hoy a los estudios de América Latina en los Estados Unidos a través de trabajos como los de Mark Thurner; véase particularmente su introducción en Thurner y Guerrero (2003), que discutiré más adelante. Dane Kennedy va aún más lejos en su crítica: "Concordemos en que el mundo no occidental permanece cautivo del sistema discursivo de Occidente, que Said define como Orientalismo. ¿Cómo piensan los teóricos post-colonialistas liberar a estos cautivos? ¿Escribiendo de una manera que es completamente inaccesible a la mayor parte de ellos? ¿Escribiendo como acólitos de los teóricos occidentales? ¿Escribiendo a audiencias principalmente occidentales desde centros académicos principalmente occidentales, acerca de literatura principalmente occidental? ¿Escribiendo?(!)"; véase Kennedy (1996: 345-363, 350), citado en Wolfe (1997: 388-420, 408).

32. Abercrombie (1988).

es tanto su contenido posmoderno cuanto su sorprendente adhesión a formas más bien tradicionales y europeo-céntricas de razonamiento, las cuales ellos dicen poner en cuestión. Historiográficamente he sido transportada, por momentos, a un tiempo prethompsoniano, es decir, a los tiempos de un marxismo althusseriano desconectado de referentes en la realidad, cuando no a un ámbito poblado de ambigüedades y neologismos improvisados al paso.<sup>33</sup> Y digo que esta literatura nos sustrae a un tiempo prethompsoniano en alusión a Edward P. Thompson, influyente historiador marxista inglés que sostuvo una furibunda polémica con el pensador marxista francés Louis Althusser, en un libro sugerentemente titulado *La miseria de la teoría*. Thompson llegó a decir que "Althusser ha producido una epistemología que excluye el diálogo básico entre concepto y evidencia empírica".<sup>34</sup> El hecho de que Dipesh Chakrabarty, destacado subalternista, escriba un libro prácticamente en homenaje a Althusser y que con su ayuda pretenda "provincializar Europa" me exime de mayores comentarios. En el prólogo de *Provincializing Europe* se lee: "Push thought to extremes", o "Llévese el pensamiento a sus límites", proseguido de un alarde de citas a las luminarias de la filosofía europea, desde Locke y Husserl hasta Heidegger, pasando por Marx y Hegel.<sup>35</sup> ¿Cómo no interpretar, en este contexto, la invitación de Mallon a leer a los historiadores subalternistas para "descentrar Europa" como otra cosa que una ironía?

Siendo las comparaciones odiosas son también inevitables en un balance. Cuando Thompson escribió *The Making of the English Working Class*<sup>36</sup> una de sus obras más influyentes, lo hizo, según propia confesión, con la intención de que lo pudieran leer los propios obreros. Antes de convertirse en historiador, Thompson fue soldado en la Segunda Guerra Mundial, militante comunista y se dedicó por muchos años a la enseñanza nocturna de trabajadores adultos.<sup>37</sup> No extraña, pues, que buscara escribir

33. Tengo en mente, en particular, el libro de Chakrabarty (2000), pero también el artículo de Prakash ya citado, y los textos de Guha y la propia Spivak, no obstante ser esta más conocida como una posmoderna extrema.

34. Entrevista a Thompson por Michel Merrill, en Edward P. Thompson, *Tradición, revolución y conciencia de clase*, Barcelona: Crítica, 1979, p. 312.

35. Chakrabarty (2000).

36. Thompson (1963).

37. Entrevista a Thompson por Michael Merrill, 1979.

en un lenguaje asequible, virtud poco común entre los académicos, y que nos interpela respecto a lo que debe entenderse por ser radical: un término tan caro a Mallon como a los subalternistas. Menciono a Thompson porque este historiador planteó muchos de los temas y preocupaciones teóricas con los que se suele asociar a la escuela subalterna, particularmente el estudio de las expresiones culturales populares. Thompson fue quizá el primer historiador marxista en tomar en serio las prácticas y creencias religiosas de los obreros, sin excluir la vida en las tabernas y la cultura de la plebe urbana en general; es decir, todo aquello que Marx y los marxistas desestimaron como "falsa conciencia". Esta es una perspectiva teórica muy similar a la que habrían de asumir años después los historiadores de la escuela subalterna, especialmente en relación con los campesinos. La diferencia es que mientras los subalternistas han sucumbido con demasiada frecuencia a la tentación esencialista (o sueño revolucionario) de equiparar la condición subalterna con la de insurgente,<sup>38</sup> Thompson era conciente del arraigo popular de las tradiciones de antiguo régimen, y por ello dedicó gran parte de sus escritos al tema de la tradición. Todo lo cual lo llevó a plantear sus conocidas propuestas sobre el funcionamiento de la hegemonía, en un sentido muy similar al que lo hiciera antes Gramsci para un contexto político muy diferente.<sup>39</sup> Asimismo, Thompson fue el primer marxista en deconstruir la categoría de clase, dotándola de

38. Los ejemplos son innumerables, pero para remitirme sólo a autores consagrados véase Guha, "La prosa de la contrainsurgencia" (se da por sentado aquí que el "contrainsurgente" es un miembro de la elite); Spivak (1988b: 1-32), quien literalmente equipara al "subalterno" con el "insurgente" (p. 1); y Chatterjee (1993: 158-172), quien pese a criticar a Guha, correctamente, por sus nociones abstractas e idealizadas sobre la comunidad campesina, no cuestiona su general tendencia a definir al campesino principalmente como insurgente.

39. Una de las preocupaciones centrales de Gramsci en la Italia bajo el fascismo fue construir un partido del pueblo, el Partido Comunista, que fuera capaz de imponer su liderazgo a base de su autoridad moral e intelectual (hegemonía) en lugar de la fuerza (dominación). Por ello Gramsci distinguía claramente entre una clase dominante y una clase dirigente. Véase Gramsci (1971). Guha escribió un artículo, y luego un libro, inspirándose en esta idea, *Dominance Without Hegemony: History and Power in Colonial India* (1997). En nuestro medio, cuando Pablo Macera solía decir que "el Perú tenía una clase dominante mas no una clase dirigente", probablemente había leído a Gramsci. Los historiadores Eugene Genovese y E. P. Thompson habían trabajado ya en los años setenta con la noción de hegemonía, en sus respectivos estudios

un dinamismo que hasta entonces no poseía. "Clase no es una cosa; es una relación", fue el principio teórico que rigió su reconstrucción de la historia de la clase obrera en Inglaterra, y posteriormente su ensayo "Lucha de clases sin clases".<sup>40</sup> Podría decirse que este enfoque representaba un giro lingüístico en la historia del marxismo, con el que muchos hoy asocian a la era posmoderna y a los subalternistas. Hay sin embargo una importante salvedad: mientras el análisis thompsoniano de la cultura popular y la clase obrera tuvo como telón de fondo las transformaciones ocurridas en el tránsito de una sociedad de antiguo régimen a una sociedad capitalista industrial, concretamente Inglaterra entre los siglos XVIII y XIX, la escuela subalterna tiende a perder de vista estos macrocontextos, como ya hemos dicho, dado su rechazo a las grandes narrativas.<sup>41</sup>

Frente a todo lo dicho una se siente tentada a decir con C. A. Bayly que hay muy poco de revisionismo en la escuela subalterna. Más aún, que "lo que parece distinguir a los Subalternos de sus predecesores y colegas en el campo de la historia rural y popular es una herramienta retórica, el término 'subalterno' en sí, y un idioma populista".<sup>42</sup> Sorprende asimismo la virtual ausencia de citas a Thompson en sus trabajos, aunque también se entiende, ya que, siguiendo nuevamente a Bayly, "la (moda) chic de los setenta exigía que los intelectuales indios citaran gurús franceses, no anglo-sajones".<sup>43</sup> Ello también explica, probablemente, el que tomaran, entre todos los marxistas, a Gramsci, y no a Thompson, como figura emblemática junto a los teóricos franceses.

Frente a esta amplia gama de cuestionamientos, el balance de Mallon aparece más bien ponderado y se lee como un respaldo entusiasta a la corriente subalterna. Para Mallon, el dilema que plantean los estudios subalternos se encierra en la siguiente pregunta: ¿es posible seguir siendo "progresista" o escribir una "historia comprometida" y al mismo tiempo

sobre protesta popular entre los esclavos en Estados Unidos y la plebe en la Inglaterra del siglo XVIII. Véase Thompson (1993) y Genovese (1976: 25-49).

40. Véase también Thompson (1979: 13-61).

41. Aunque al parecer el término "capitalismo" está registrando su reaparición, en parte como respuesta al libro *Imperio* de Hardt y Negri y al creciente cuestionamiento en los países pobres a las políticas neoliberales. Ver Chatterjee (2007).

42. Bayly (2000: 118).

43. Ídem, p. 119.

posmoderno, es decir, poner en tela de juicio la posibilidad de recobrar una verdad histórica objetiva? Su respuesta es afirmativa. Y ya he mencionado que concuerdo con su defensa del archivo frente al razonamiento posmoderno que equipara la historia con ficción literaria.

Hay sin embargo algunos aspectos perturbadores en el texto de Mallon sobre los que creo importante llamar la atención. El primero se refiere a la aparente contradicción que aflora al final del artículo. Habiendo tomado distancia de las corrientes deconstruccionistas más extremas en los estudios subalternos, influidas por Derrida, Mallon concluye de modo ambiguo avalando todas las posibilidades. No queda claro, en última instancia, cual es el "compromiso" del que habla reiteradamente en su artículo, ni de qué nos propone emanciparnos. Pero en esta ambigüedad podría estar la clave de por qué "Promise and Dilemma" ha sido citado tanto como un ejemplo de la aplicación de los esquemas subalternos a América Latina como de una propuesta detractora de estos.<sup>44</sup>

El segundo factor que encuentro perturbador es más importante. En su revista a la literatura latinoamericanista asociada a la corriente subalterna, Mallon dialoga únicamente con sus pares estadounidenses, haciendo *tabula rasa* de la producción latinoamericana, pese a que los años setenta y parte de los ochenta fueron décadas de profusión de "historias desde abajo" en nuestro medio. Historias que, con todas sus limitaciones, marcaban un cambio de rumbo en relación con las formas previas de hacer historia. Menciono, para restringirme a la historiografía peruana, desde *Los mineros de la Cerro de Pasco*, de Flores Galindo (1974), hasta *Agentes de su propia libertad*, de Carlos Aguirre (1993), pasando por *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile: campesinado y nación*, de Nelson Manrique (1981), y los diversos trabajos de Christine Hünefeldt sobre luchas campesinas, esclavitud y mujeres en el siglo XIX, sin mencionar la literatura latinoamericana en torno al "colonialismo interno" y la teoría de la dependencia, nociones tan afines a los estudios subalternos y poscoloniales, como lo indican Barragán y Rivera Cusicanqui.<sup>45</sup> Otra manera

44. La mayor parte de publicaciones que citan "Promise and Dilemma" lo consideran afín a la teoría subalterna y poscolonial. Sin embargo, el artículo fue también reimpresso en lo que constituye quizá el libro más frontalmente crítico a estas teorías, el ya citado de Dirlik, Bahl y Gran (2000).

45. Rivera Cusicanqui y Barragán (1997). Sobre la noción de colonialismo interno, ver González Casanova (1963: 15-32).

de rescatar la historia de los sectores populares en América Latina, resalada por estas autoras, fue la historia oral. Y, en efecto, la publicación de testimonios orales de trabajadores rurales y urbanos y luchadores obreros y campesinos experimentó un *boom* en América Latina en los años setenta y la primera mitad de los años ochenta, un *boom* que curiosamente hoy se replica en los estudios chicanos en Estados Unidos bajo el nombre de "testimonio". Mallon, sin embargo, como lo han notado nuestras colegas bolivianas, "prefiere pasar por alto estas diversas tradiciones intelectuales —Flores Galindo es el único historiador latinoamericano que cita, no por cierto inmerecidamente— y concentrarse en el debate académico del Norte".<sup>46</sup> Una ironía no menor para quien proclama estar estableciendo un diálogo "no jerárquico", de "Sur a Sur".

De esta manera, al obviar los aportes de América Latina en un texto alusivo a la historiografía de América Latina, y posicionarse como propiciadora de un diálogo de "Sur a Sur", Florencia Mallon nos entrega un texto marcado por una ironía que compromete la legitimidad de su intento. Mallon atribuye a un artículo del historiador Gilbert Joseph, de 1990, la primera mención explícita a los estudios subalternos en la historiografía latinoamericanista.<sup>47</sup> Y acaso acierta si lo que está buscado identificar es un nombre y unos autores más que una idea o un concepto. Joseph a su vez atribuye a Guha haber descubierto la crítica al discurso en la historia social del bandolerismo, es decir, la habilidad del historiador para distanciarse del discurso de la elite que criminalizaba a los pobres, bandidos sociales o —en la categoría preferida por Guha— a los insurgentes. Pero es el propio Joseph quien luego admite que este tipo de crítica había sido ya practicada por E. P. Thompson.

Tácitamente, así, Mallon y Joseph minimizan, sin proponérselo, las contribuciones no digamos sólo de los historiadores latinoamericanos, sino también de los latinoamericanistas de su propio país, anteriores al *boom* de la historia subalterna. En el hoy clásico *Zapata and the Mexican Revolution* (1969), por ejemplo, John Womack tomaba ya distancia de las fuentes oficiales que criminalizan a los revolucionarios zapatistas y al propio Zapata, y lo mismo hacía C. L. R. James, en su también clásico *Black Jacobins* (1938), con los esclavos y ex esclavos insurgentes de la

46. Rivera Cusicanqui y Barragán (1997: 14).

47. Joseph (1990: 7-53).

revolución de Santo Domingo (hoy Haití) de 1791 a 1803. El hecho de que en estos casos el mensaje teórico sea más implícito que explícito no le resta validez. Podríamos citar más "historias desde abajo" anteriores al *boom* subalterno, que para tomar mayor distancia de las fuentes oficiales acuden a la historia oral, ensamblando magistrales narrativas cuyo carácter empírico no merma su propuesta teórica, como es el caso de Peter Winn, en *Weavers of Revolution: the Yarur Workers and Chile's Road to Socialism* (1986), por citar uno de mis favoritos en la historiografía latinoamericanista de Estados Unidos. El afán de Womack y Winn por otorgar un rol protagónico a los campesinos y obreros, respectivamente, está tan claro en sus libros como el hecho de que sus historias "desde abajo" no pueden ser entendidas si se desprenden del contexto mayor dentro del cual operaban campesinos y obreros. Así, Womack nos ilustra también sobre los partidos políticos, intelectuales liberales y políticas de los gobiernos locales y federales sin descuidar el mapa mundial de la producción del azúcar, todo lo cual es importante para entender el despojo material de que fueron objeto los campesinos de Morelos, que explicaría la base social de la rebelión zapatista y la ideología del movimiento. Lo mismo hace Winn con los obreros de una fábrica textil en Chile, cuya historia no puede ser contada aparte de la de los dueños de aquella fábrica, de la migración interna en ese país, la peculiar historia del socialismo chileno, los regímenes laborales en Chile y la propia personalidad y trayectoria de Salvador Allende. Ambos libros satisfacen esa mirada multiprismática que Bayly les reclama a los estudios subalternos. Este tipo de enfoques sentaron precedentes para lo que ahora se ha convertido en una prolífica historiografía "desde abajo", que se encuentra en plena ebullición en Norteamérica y de la cual el propio trabajo de Florencia Mallon es parte.

Es sólo obviando este amplio bagaje historiográfico que es posible ver la novedad en los estudios subalternos. ¿Cabría decir que el ensayo de Mallon peca de lo mismo que ella le increpa a Patricia Seed y al grupo subalternista latinoamericano, es decir, de "pobreza historiográfica"?<sup>48</sup>

\* \* \*

48. Si bien Mallon cita *Black Jacobins* de C. L. R. James en sus notas a pie de página, no se pregunta sobre lo que diferenciaría a la escuela subalterna de otras escuelas historiográficas "desde abajo", lo cual, creo, constituye una pregunta crucial.

Pero, de deducirse de todo lo dicho que no hay nada original en los estudios subalternos, ¿cómo explicar el *boom* de los años noventa en Norteamérica y el creciente interés que despiertan en algunos sectores académicos de América Latina, sin duda los más favorablemente conectados a Estados Unidos? La propia Mallon tiene la respuesta. La difusión de los estudios subalternos está relacionada, por un lado, con la necesidad de un grupo de historiadores latinoamericanistas estadounidenses de reinventar nuevos paradigmas de historiografía "radical" tras la caída de los socialismos y el desprestigio de las ideologías marxistas. Los historiadores indios de la escuela subalterna ofrecían un modelo perfecto en tanto su punto de partida fue la crítica a un partido de gobierno de inspiración marxista. Más aún, en tanto la palabra "subalterno" es capaz de evocar una gama de personajes y sectores sociales sin necesariamente traer a colación la idea de la explotación de una clase por otra, el éxito de su difusión es congruente con un tiempo en que Foucault ha remplazado a Marx como el teórico del poder y la dominación. El término "subalterno" tiene la capacidad de incluir, más allá de obreros y campesinos, a personajes que en un esquema marxista clásico hubieran sido lanzados, sin más, a las filas del "lumpemproletariado", tales como vendedores ambulantes, homosexuales, mendigos, prostitutas y desempleados. La definición de "subalterno" se complica, sin embargo, cuando se incluye, como es posible dentro de este esquema, a personajes marginales, pero de clase alta, como "subalternos/as". Y dado el amplio espectro de la definición de "subalterno" —gruesamente, "de rango inferior"—, cualquier persona podría ser considerada "subalterna" en relación con otra en determinadas circunstancias. Como dice Bayly, y asiente Mallon, "casi hasta la propia base de la sociedad, cada subalterno fue una elite para otro que estaba más abajo que él".<sup>49</sup> Pero en esta ambigüedad o multivalencia podría estar una de las claves de la popularidad del término "subalterno", en estos tiempos en que muchos intelectuales otrora radicales han perdido la brújula sobre lo que significa ser radical. Un tiempo en que la imagen puede importar más que los conceptos. Considérese además que la palabra "subalterno" proviene de las altamente jerarquizadas instituciones militares, y que bien pudo ser tomada en préstamo por Gramsci, irónicamente, para evadir la censura

49. Bayly (2000: 126).

fascista mientras escribía en prisión (recuérdese que Gramsci fue capaz de evadir términos comprometedores de la manera más imaginativa, como cuando se refería al Partido Comunista como el Príncipe Moderno). Con lo que quiero decir que puede haber hoy un sobredimensionamiento del valor teórico de la palabra, que nunca lo tuvo para Gramsci.

Una segunda razón importante para la popularización del logo subalterno tiene que ver con un hecho más simple y más evidente, pero también más silenciado: a saber, el que la obra de los historiadores de la escuela subalterna fuera originalmente publicada en inglés, con el aval editorial de la Universidad de Oxford, y que su expansión a otros confines se haya producido desde Estados Unidos, el país (aún) más poderoso del mundo. Como escribió el antropólogo brasileño Roberto Kant de Lima:

No debemos olvidar el rol del idioma inglés como un mecanismo privilegiado de difusión de la información a nivel global. Tal posición transmite un estatus especial a los trabajos publicados en inglés, en la medida en que extiende su campo de influencia y contacto, con todas las consecuencias que esto representa en términos de un mayor acceso a los recursos del mercado intelectual.<sup>50</sup>

Cuanta más verdad adquiere esta sentencia en estos tiempos en que el inglés se ha convertido en la *lingua franca* ya no sólo del mundo empresarial a escala planetaria, sino de una cultura global afanada por copiar los patrones de vida y consumo norteamericanos, incrementando así el capital simbólico de esa lengua a niveles nunca antes vistos. Tiempos en que es posible ver avisos publicitarios televisivos en inglés en países como el Perú, donde una porción considerable de la población tiene problemas para hablar y escribir correctamente en la lengua oficial nacional: el castellano, y donde se ha llegado al extremo de que incluso las instituciones que deben velar por el pensamiento crítico frente a la avalancha frenética de los patrones de consumo del norte anglosajón pugnan más bien, vehementemente, por acomodarse a ellos. Lo demuestra el hecho de que en los exámenes de admisión de una de las universidades privadas

50. Kant de Lima (1992: 205-206).

más prestigiosas del Perú ¡se exige ahora rendir una prueba de inglés!<sup>51</sup> Se añade así una traba más para que los sectores socioeconómicos más desaventajados del país puedan acceder a una educación superior de calidad. Como si no fuera suficiente la discriminación interna que padecen cotidianamente quienes (y son muchos en el Perú) tienen como lengua materna el quechua, el aimara o cualquier otra lengua aborigen de nuestro territorio. Tiempos irónicos estos en que mientras se promueve el inglés como requisito para la educación superior y se proclama con bombos y platillos que nunca hemos estado mejor económicamente, el Perú ostenta el deshonor de ser el último del continente en niveles de comprensión de lectura y escritura y en razonamiento matemático. Los neoliberales de hoy en el Perú parecen estar a la retaguardia de sus contrapartes, los liberales primigenios del siglo XIX. Estos últimos al menos promovieron reformas educativas desde el Estado con la finalidad de “civilizar” a las poblaciones ágrafas e incorporarlas a “la era del progreso”. El Estado neoliberal de hoy ha olvidado la educación y sólo fomenta la mímica.

Estoy convencida, pues, por todo ello, de que hoy no se estaría hablando de subalternidad en algunos reductos universitarios latinoamericanos si los autores subalternistas hubieran sido verdaderamente subalternos; si en vez de escribir en inglés hubieran escrito originalmente en una de las más de mil lenguas vernáculas de la India y publicado en editoriales sin el prestigio de la Universidad de Oxford. Alguien podría reprocharme que es más bien positivo que los historiadores subalternos hayan escrito en inglés y no en una lengua originaria de la India, pues así sus obras se conocen en el mundo. Pero este no es mi punto. Mi punto es que si no reparamos en los factores que permiten que un discurso académico se convierta en hegemónico —desde el capital simbólico del idioma hasta la disponibilidad de fondos editoriales para promover un determinado lenguaje académico (sin excluir los que hacen posible el volumen del que es parte este comentario)— podemos atribuirle a un libro o artículo más importancia de la que se merece y una originalidad que no necesariamente posee. Al decir ello no quiero desmerecer el valor intrínseco de los

51. Una prueba escrita de inglés, de 40 minutos, se exige ahora para la mayor parte de modalidades de ingreso a la Pontificia Universidad Católica del Perú. La publicidad de TV en inglés corresponde a la universidad privada San Ignacio de Loyola, en Lima.

trabajos que conforman los varios volúmenes de *Subaltern Studies*, pues los hay muy buenos, y al final de mi comentario me extenderé sobre lo que considero su principal aporte y posible originalidad. Pero, desde mi punto de vista, los trabajos más interesantes son los que han tenido menos difusión en Estados Unidos, y cuyos autores están intelectualmente involucrados con la India. Ellos no pueden ser responsabilizados por quienes en otras latitudes (indios y no indios) han convertido un nombre de una corriente historiográfica en una moda académica que los sobrepasa.

Pese a la buena calidad de mucho de lo que se publica en castellano sobre América Latina, son pocos los profesores en las escuelas de graduados de las universidades estadounidenses que asignan libros que no sean en inglés en sus clases. A menudo un trabajo que no se ha traducido al inglés, aun cuando su autor sea estadounidense, es considerado no sólo insignificante, sino, peor aún, inexistente: la lengua cobra preeminencia sobre la nacionalidad. Tanto es así que en las universidades de investigación<sup>52</sup> —y una de ellas es la Universidad de California, donde yo trabajo— publicar únicamente en castellano puede costarle a uno el puesto, pese a que el campo de uno sea América Latina. Por ello la mayoría de mis colegas latinoamericanos en los Estados Unidos, sobre todo los que enseñan en universidades de investigación o aspiran a trabajar en ellas, optan por escribir en inglés. Y puedo entender por qué. La cultura académica estadounidense es abrumadoramente monolingüe y ello contrasta con la tendencia al multilingüismo de la academia europea. Esta es una razón adicional por la que considero que el llamado de Mallon y de los subalternistas a “provincializar Europa” puede ser peligroso. Llevada a un extremo, esta idea puede terminar reforzando la hegemonía del inglés en el mundo académico. Más bien creo que la academia estadounidense (y su sociedad en general) se beneficiaría enormemente de leer lo que se escribe en otros idiomas, sea en Europa u otros confines del planeta, sobre su propio país y sobre sus respectivos campos académicos. Si hay quien tenga recursos para adquirir bibliografías multilingües son precisamente

52. Universidades de investigación son aquellas que cuentan con escuelas de graduados y donde los ascensos de los profesores dependen principalmente de su récord de investigación y publicaciones. Se diferencian de los *colleges* en que estos últimos no poseen escuelas de graduados y en que la enseñanza pesa más que la investigación al momento de las evaluaciones. Aunque poco a poco este panorama está cambiando.

las bibliotecas estadounidenses. Desanglizar el conocimiento es imperativo para poder oír voces realmente diferentes. Porque el imperio de una lengua en la academia es también el imperio de una cultura y unos valores en esa lengua.

Escribir y publicar en castellano puede ser visto en el mundo académico estadounidense como un signo de incompetencia en el inglés (a no ser, claro, que la especialidad de uno sea el castellano). Esto obviamente no está escrito en ningún estatuto universitario porque la democracia exige ser inclusivo. Pero, ya lo dijo alguna vez Max Weber, las leyes no escritas son a veces las que mejor funcionan y las más difíciles de erradicar. El estigma contra el castellano se agudiza en los estados fronterizos con México, como California, porque existe una asociación directa entre el idioma español y los inmigrantes latinoamericanos pobres y de escasa educación. Tanto es así que en muchas circunstancias el bilingüismo inglés-castellano es considerado no una ventaja sino un problema. Esto me recuerda mucho a cómo el bilingüismo quechua-castellano o aimara/castellano en el Perú es a menudo considerado un estigma más que un capital. En tanto lo que se dice en estas lenguas aparece como intrínsecamente devaluado, es más difícil que sea reconocido como académico.

El proceso por el cual algunas lenguas, individuos, sectores sociales y áreas geográficas son subalternizados, es decir, convertidos en el *otro* de rango inferior, entra a tallar al momento de delimitar las especializaciones y los campos de estudio en el mundo académico, como lo notaron Martin W. Lewis y Kären E. Wigen, entre otros.<sup>53</sup> Tanto es así que en la academia estadounidense, América Latina, junto con Oriente Medio, África y Asia, no están consideradas como áreas de especialización equivalentes a Europa o Estados Unidos, sino que suelen ser codificadas en la categoría de "Area Studies", campos de estudio para lo que *no es* Europa y *no es* Estados Unidos. En los inicios de mi vida como profesora universitaria en los Estados Unidos me costó asimilar esta idea, pese a haber hecho un doctorado en aquel país. Recuerdo haberme sentido frustrada, hace no mucho, en mis búsquedas bibliográficas en el catálogo virtual de la biblioteca de la universidad al no poder ubicar las revistas especializadas en Hispanoamérica. Estas no figuraban en los enlaces para revistas de historia, y el

53. Lewis y Wigen (1997).

rubro "América Latina" no aparecía a simple vista en las bases de datos. La gentil bibliotecaria me explicó que tenía que hacer clic en un enlace llamado "Area Studies", el nombre dado a "los otros", que en el hemisferio sur somos nosotros. Esta anécdota me permite hacer la transición al artículo de Klor de Alva, ya que el mapa de lo que se ha venido a llamar países poscoloniales coincide con el de las regiones del mundo que en la academia estadounidense constituyen los "Area Studies", y no es muy distinto de lo que en tiempos de la Guerra Fría se llamó el tercer mundo.

Mis discrepancias con Klor de Alva son numerosas. En su tratamiento del mestizaje considero que el autor proyecta la exitosa experiencia mexicana al resto de América Latina. Su visión de los indios de comunidad como inmutables, pasivos, aislados del contacto con la sociedad mestiza y criolla, por quienes eran explotados (la clásica idea de la "comunidad corporativa cerrada" de Eric Wolf), ha sido cuestionada por las propias historiografías sobre México colonial citada en su artículo, además de la historiografía colonial andina.<sup>54</sup> Su idea de que los sectores indígenas, negros y mulatos no fueron sino pasivos observadores de las guerras de la independencia, las cuales Klor de Alva considera como un *affaire* puramente criollo y mestizo, ha sido igualmente puesta en tela de juicio por una sólida historiografía latinoamericanista en los últimos lustros.<sup>55</sup> Su noción de que nada cambió para los sectores no-criollos y no-mestizos con la independencia viene siendo igualmente cuestionada por una historiografía que sostiene que en muchos lugares estos sectores se apropiaron de la categoría ciudadana para lograr beneficios, promovieron su participación en elecciones municipales y aun formaron parte de los eslabones locales de los emergentes estados republicanos.<sup>56</sup> Su caracterización de los indios como los únicos segmentos de la población que pueden ser considerados colonizados supone, por un lado, la existencia de líneas divisorias claras entre la condición de mestizo y la de indio, y la de mestizo y criollo, lo cual es discutible; y, por otro, deja en un

54. Véase Spalding (1984), Harris, Larson y Tandeter (1987) y Larson y Harris (1995).  
 55. Guardino (2000), Thibaud (2003), Lasso (2003), Méndez (2005) y Rodríguez O. (2006).  
 56. Guardino (2005), Thomson y LaFrance (1999), Irurozqui Victoriano (2000, 2005), Thurner y Guerrero (1997), James Sanders (2005), Chiaramonti (2005: 325-358) y Méndez G. (2002, 2004, 2005, 2008).

limbo a las poblaciones esclavas de origen africano. Asimismo, al prácticamente equiparar a los criollos con los españoles peninsulares, Klor de Alva simplifica el dilema criollo célebremente expresado por Bolívar, es decir, su conciencia de no ser “ni indios ni europeos, sino una especie [de] mezcla entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles [...]”.<sup>57</sup> Por último, su aserción de que el término “colonial” pasa a adquirir la acepción de “dominación por un poder extranjero” sólo en los albores del siglo XX, en el contexto de la Revolución mexicana, es infundada. Esta acepción ya existía a mediados del siglo XIX. En el Perú, Francisco Laso usaba el término “colonial” en un sentido muy similar al que se suele emplear hoy, es decir, como “sometido” y “subserviente” a un poder extranjero. Escribió Laso: “La sumisión no se nota generalmente en la gente del interior, proviene más del hábito de *obediencia colonial* que de poquedad del alma”.<sup>58</sup> Asimismo usaba la palabra “colono” en un sentido muy similar al que hoy se usa “colonizado”, contraponiéndola a “ciudadano”. Nótese nuevamente su uso del término “colonial”: “La mayor parte de los peruanos son colonos; hasta ahora no tienen la conciencia de ser ciudadanos por esto, la masa gobernada es indiferente a lo que hagan las autoridades, *por la costumbre colonial de aceptar con resignación lo que se hacía en nombre de nuestro amo el Rey*”.<sup>59</sup>

Pese a todo, encuentro el artículo de Klor de Alva intelectualmente valioso e estimulante en más de un sentido. Primero, al rastrear históricamente el uso y la etimología de los términos “colonia”, “colonial” y “colonialismo”, nos alerta contra la omnipresente tentación de juzgar el pasado con categorías ideológicas creadas para el presente. Klor de Alva se refiere a fuentes en inglés. Convendría hacer un rastreo exhaustivo de

57. “No somos ni indios, ni europeos, sino una especie [de] mezcla entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles [...]; en suma siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar a éstos a [sic] los del país, y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores”. Bolívar (2006: 18).

58. Francisco Laso, “Croquis sobre el carácter peruano”, en Laso (2003: 122; mis cursivas).

59. Ídem, p. 125 (mis cursivas). Ello no excluye que Laso use la palabra “colonia” para designar a un grupo humano establecido en un lugar extranjero, acepción que es también válida hoy. Por ejemplo: “la colonia peruana en París estaba atónita con lo que se decía pasar en estos mares”. Ver el texto “Derechos adquiridos” en Laso (2003).

dichos términos en fuentes castellanas, sobre todo durante el siglo XIX, para completar lo que podría ser un fascinante panorama semántico. En segundo lugar, el artículo constituye un excelente ejemplo de un intelectual que se resiste a que su campo de estudio sea subalternizado, es decir, encasillado como un *otro* poscolonial no occidental. Mis discrepancias con sus ideas respecto a la condición no colonizada de las elites criollas y mestizas (estoy más de acuerdo en esto con Francisco Laso) no me impide converger con Klor de Alva en que América “no puede ser caracterizada como otra Asia o África; México no es otra versión de la India, Brasil no es una Indonesia de otro tipo [...]”. Mi desacuerdo con su visión México-céntrica del mestizaje no me inhibe de apreciar su importante argumento de que el mestizaje marca una diferencia sustancial entre América y las ex colonias europeas en Asia, África y el Oriente Medio. Puedo asimismo discrepar de su aserción de que Hispanoamérica no fue una colonia de España. Pero debo conceder que no lo fue en el mismo sentido que lo fueron las colonias europeas en África y Asia durante los siglos XIX y XX.

Creo incluso que se podría llevar más lejos su argumento con respecto a la identificación de las elites latinoamericanas con la cultura ibérica. Esta identificación no se reduce al mundo criollo/mestizo como sugiere Klor de Alva, sino que moldea las prácticas culturales cotidianas de las comunidades indígenas y campesinas en los Andes. En muchas de ellas todavía se ofician misas con cánticos que mezclan quechua con latín. ¿Cuántos ciudadanos del común en Norteamérica podrían llegar tan lejos en su dominio y apropiación de esta europeísimas lengua? Como lo sugirió alguna vez el historiador Peter Winn, no existe una región del mundo que haya sido influida por Europa tan profundamente y por más largo tiempo que América Latina.<sup>60</sup> El grado en que muchos elementos culturales europeos, desde la lengua hasta la religión, han ido no sólo a formar parte del acervo cultural de las poblaciones llamadas indígenas sino que han sido asumidas como propias, suele ser obliterado en un discurso que equipara la identidad indígena con una resistencia de quinientos años a la influencia europea, un discurso que es tan afín a la crítica poscolonial como a los indigenismos del Norte, Centro y Sudamérica.<sup>61</sup>

60. Winn (2005).

61. Para citar a un influyente autor peruano en el discurso actual de la poscolonialidad, véase Quijano (1992: 437-447).

La idea de que América Latina es parte de Occidente es un hecho tácito para la mayor parte de académicos latinoamericanos, así como para la mayoría (si no todos) de los latinoamericanistas europeos.<sup>62</sup> Esta idea es, en cambio, minoritaria en Estados Unidos –a tal punto que los cursos introductorios sobre América Latina en el pregrado cumplen el requisito de “otras civilizaciones”– y se expresa casi siempre a través de autores latinoamericanos, independientemente de su afiliación con respecto a las teorías poscoloniales subalternas, lo cual resulta muy sugerente.<sup>63</sup> Walter Mignolo, crítico literario argentino de la Universidad de Duke, por ejemplo, tiene como uno de sus propósitos convencer a sus audiencias angloparlantes de que la historia de América Latina debe ser incorporada a la historia de la modernidad occidental; más aún, que España es precursora de esta.<sup>64</sup> No me cabe duda de que opiniones como esta responden a la

62. Para un reciente ejemplo véase Carmagnani (2004).

63. Un buen ejemplo de perspectivas historiográficas que coinciden en este punto aunque son opuestas en casi todos los otros, son los casos de Jaime Rodríguez O. y Walter Mignolo. A pesar de que Mignolo es un militante adherente de la escuela subalterna y crítica postcolonial, mientras Rodríguez es reacio a ellas, el discurso de Mignolo puede llegar a sonar, por momentos, tan vindicativo de lo español como el de Rodríguez (aunque, puede también, a diferencia de Rodríguez, volverse indigenista). Mignolo explica la modernidad occidental como un fenómeno que se gesta simultáneamente en los dos lados del Atlántico y no sólo en Europa a partir del siglo XVI. Considera que se ha satanizado a la inquisición española, en la que él ve los inicios de un estado moderno; pondera asimismo las Leyes Nuevas de 1542, defensoras de los derechos de los indios, como precursoras de los derechos del hombre del siglo XVIII (Mignolo 2000). En suma, su balance del aporte del hispano a la modernidad es positivo. Por su parte, Rodríguez se propone vindicar a la monarquía española de la satanización de la que ha sido objeto tanto por la historiografía nacionalista de la independencia de Hispanoamérica como por el imperialismo anglosajón; enfatiza la identificación de los americanos con el monarca español en la coyuntura de 1808-1814 y resalta los aspectos positivos de la herencia liberal hispana en el mundo hispanoamericano. Véase Rodríguez O. (1998). De manera análoga a lo que Mignolo hace con el término “modernidad”, Rodríguez se propone restituir al mundo hispánico el término “liberal”, librándolo del secuestro del que ha sido objeto por parte de Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

64. Ver Mignolo (2000). Lo que me resulta difícil de conciliar en el discurso de Mignolo son sus argumentos vindicativos de la modernidad del imperio/Estado español en el siglo XVI con su denuncia indigenista de los “quinientos años de opresión” europea a las poblaciones nativas de América, que está igualmente presente en su obra.

subalternización de que es objeto el mundo hispanohablante –y con él su historia– en los Estados Unidos; una tendencia a mirar lo español como culturalmente inferior heredada del imperio anglosajón y que hoy se recrea con la presencia masiva de inmigrantes pobres hispanohablantes en Estados Unidos. Esta reivindicación de España como antecesora de una modernidad que el discurso ilustrado anglo-francófono suele atribuir únicamente a Francia e Inglaterra podría hasta sonar “hispanista” y conservadora en América Latina. Pero dada la fuerza del prejuicio que asocia la cultura hispana con el *otro*, lo no occidental y el atraso, es revolucionaria en Estados Unidos. ¡Cuánta razón tenía De Certeau acerca de que el significado de un discurso es indisoluble de su lugar de producción!

Es en este sentido que el artículo de Klor de Alva se ubica en las antípodas del de Mallon. Mientras el primero subraya la identidad europea de las elites latinoamericanas, protestando implícitamente contra la tendencia a mirarla como un *otro* (poscolonial) opuesto a Occidente, Mallon parece encaminarse a afianzar esa otredad. No me refiero únicamente a su llamado a buscar en la India nuevos paradigmas no europeos (al margen de que se tome a los intelectuales más occidentales de la India como modelo), sino a algo que rebasa los contenidos de su artículo: su contexto de publicación.

“Promise and Dilemma” fue originalmente publicado en la *American Historical Review* (AHR), la revista de historia más importante en los Estados Unidos, como parte de un foro dedicado a discutir la teoría subalterna y poscolonial en tres continentes: Asia, África y América Latina, cada uno a cargo de un especialista, siendo Mallon la representante de América Latina.<sup>65</sup> Es probable que los editores de la revista tuvieran las mejores intenciones en dar un espacio central a lo que puede ser visto desde Estados Unidos como “periferias historiográficas”. Esta manera de asociar un tema con ciertos espacios geográficos específicos, sin embargo, propende, en última instancia, a una epistemología que refuerza los estereotipos de esos tres continentes como definidos por oposición a Occidente y en función de su pasado colonial. Todo lo cual ocurre, irónicamente, en un contexto de occidentalización masiva y de crecimiento

65. Los otros dos artículos están en Prakash (1994: 1475-1490) y Cooper (1994: 1516-1545).

económico capitalista sin precedentes en estas regiones, y en Asia en particular. El conglomerado Asia-África-América Latina, muy aludido últimamente en los intercambios intelectuales sur-sur patrocinados desde el hemisferio norte, coincide demasiado a su vez con el (hoy) mal llamado tercer mundo y con las áreas geográficas que en Estados Unidos definen los programas de "Area Studies" para diferenciarlos de los estudios de Europa o Estados Unidos, como mencioné arriba. ¿Estamos, como en el caso de los subalternos, ante un nuevo nombre para un viejo concepto?

Decir todo ello no es negarme a la contundente realidad de que existe una disparidad abismal en el mundo entre países pobres y países ricos, tanto como dentro de estos. Pero ¿por qué compartimentar el conocimiento a base de unidades territoriales continuas —los continentes—, que a final de cuentas son realidades tan subjetivas como ideológicas? ¿Por qué no considerar pensar el mundo como archipiélagos cuando se trata de hacer taxonomías geográfico-disciplinarias?<sup>66</sup> Mi objeción es que el crear una geografía y una historia de "los otros", poniendo en un solo saco a continentes suficientemente dispares internamente, y entre sí, puede contribuir a perpetuar los estereotipos adversos con los que estos suelen ser asociados. La crítica poscolonial —en particular quienes quieren aplicar este rótulo a América Latina— sostiene que mirar simultáneamente las experiencias coloniales y poscoloniales de África, Asia y América Latina es ampliar el horizonte comparativo de la historia.<sup>67</sup> Bien, pero si se va a utilizar el término "poscolonial", ¿por qué no incluir en los debates a otras "poscolonias" como Australia, Canadá y Estados Unidos, que hoy pugnan con sus propias formas de colonialismo interno? ¿Por qué no incluir a Irlanda o a una Europa donde hoy recrudece el racismo —un fenómeno, para muchos, poscolonial?

Por ello, más prometedor que los llamados estudios poscoloniales me parecen otros campos de estudio que hoy florecen también en Norteamérica, tales como Estudios Atlánticos —definidos por las rutas de la esclavitud africana, que atraviesan mares y continentes— y la Historia Mundial o *World History*, que hoy viene tomando el terreno de la desprestigiada Historia de la Civilización Occidental (*Western Civilization*), y cuyo espectro comparativo me parece más multidireccional y democrático.

66. Tomo esta idea de Lewis y Wigen (1997).

67. Thurner, introducción a Thurner y Guerrero (2003).

Aclaro que, usado en su sentido cronológico, el término poscolonial me parece aceptable, si de lo que se trata, como creo que fue la idea original de quienes lo utilizaron primero, casi inadvertidamente, es de referirse a la continuidad o reelaboración de aspectos de la sociedad colonial en el periodo nacional. El problema es que cuando la moda se dispara, han proliferado tantas y tan contradictorias acepciones del término "poscolonial" que es verdaderamente difícil, sino imposible, entender a lo que se alude con dicha "teoría": desde quienes asumen que el "pos" de poscolonial no significa continuidad con una situación colonial, sino haberla trascendido (McClintock, Mbembe), hasta quienes aducen que no es necesario que haya habido situación colonial para que se hable de poscolonialidad (Coronil, citado en Klor de Alva).<sup>68</sup> Por otro lado, la defensa del término "poscolonial" para América que se viene alentando bajo la guisa de una nueva "opción teórica" en los Estados Unidos dialoga (como el artículo de Mallon) casi exclusivamente con la historiografía latinoamericanista producida en aquel país, y en tanto tal, responde a una necesidad quizá hasta institucional (más que teórica) de la academia de aquel país. Como sostuve en una reseña a un reciente libro que se propone poscolonizar la experiencia histórica de Hispanoamérica:

Se nos dice que el término "postcolonial" es más adecuado que los de "nacional", "moderno", "neocolonial" y "postindependiente" porque conjura los esquemas epistemológicos inherentes a estas clasificaciones, a saber: el estructuralismo marxista-dependentista, con su determinismo económico, su énfasis en las continuidades y su desvaloración de lo político; los parroquialismos de las historiografías nacionalistas, y las dicotomías (moderno/tradicional) inherentes a la teoría de la modernización [...]. Esta apreciación, sin embargo, minimiza el hecho de que dichos esquemas fueron contundentemente cuestionados años antes de que el término postcolonial se convirtiera una moda académica [...]. Un nuevo nombre, entonces, no garantiza la novedad de la perspectiva. La crítica, por otro lado, es, al menos en parte, aplicable sólo a los libros de texto estadounidenses, ya que términos como "periodo nacional" o "periodo moderno" no están igualmente expandidos

68. Véase McClintock (1992: 84-98), Mbembe (1992: 137), citado en Dirlík (1994: 328-356, cita en p. 339), y Coronil (1992: 89-108), citado en el ensayo de Klor de Alva que se incluye en este volumen.

en los países de Hispanoamérica, que cuando aluden a sus propias historias nacionales se refieren más comúnmente al “periodo republicano”.<sup>69</sup>

Un segundo problema con el enfoque poscolonial es más serio. Como los estudios subalternos, los estudios poscoloniales surgen supuestamente para contrarrestar el eurocentrismo en la academia. Sin embargo, los términos “colonial” y “poscolonial” usados por los poscolonialistas aluden exclusivamente a una situación de conquista y colonización por un poder europeo en un lugar no europeo. Quedan así obliteradas las experiencias colonizadoras de las potencias no europeas y las ocurridas en el mundo antes que el concepto de Europa se constituyera como tal.<sup>70</sup> Con la poscolonialidad, en otras palabras, Europa pasa a ser el centro definitorio de la historia. En un razonamiento análogo, la antropóloga Olivia Harris se preguntaba si la consagración de 1492, el año en que Cristóbal Colón desembarcó por primera vez en las Antillas, como un “antes y después” de la historia no es resultado del propio afán de los aventureros europeos –y sus cronistas– de asegurar su inmortalidad en la historia. Harris se pregunta, ¿no fueron los propios invasores europeos quienes más eficazmente divulgaron la especie de que los nativos los “confundieron” con “dioses”? Aun si ello fuera cierto, explica Harris, la idea de “dios” no tenía en las sociedades nativas la misma connotación magnificada del dios judeocristiano, siendo más cercana a la idea de un hombre-dios. Pero su argumento más contundente se deriva de su propio trabajo de campo en los ayllus del norte de Potosí, en Bolivia, donde Harris descubre que estas poblaciones altoandinas no otorgaban el mismo valor central a la conquista española que el que le daban sus contrapartes urbanas y “occidentales”. Es más, para algunos ni siquiera era un evento a recordar. Otros antropólogos han encontrado evidencias similares en México y Guatemala.<sup>71</sup>

69. Cecilia Méndez (2003) reseña a Mark Thurner y Andrés Guerrero. Transcribo el texto original tal como lo envié a la revista, para evitar reproducir los errores gramaticales y sintácticos que se insertaron en el proceso de publicación.

70. Cooper (2005) razona de manera semejante.

71. Harris (1995: 9-24). En su investigación sobre una población aimara en Bolivia, Thomas Abercrombie llega a conclusiones muy similares a las de Harris; véase su *Pathways*.

Anne McClintock arguye aún más radicalmente que el término “poscolonial” refuerza la idea del tiempo lineal que se ha propuesto dismantelar, al “dividir la historia inadvertidamente en una serie de estadios que van de lo ‘pre-colonial’, a lo ‘colonial’ y a lo ‘post-colonial’, en complicidad inadvertida con la idea decimonónica de progreso”.<sup>72</sup> Aduce además que el término es prematuramente celebratorio. Los ejemplos que proporciona van desde las intervenciones militares de Estados Unidos en América Latina y el resto del mundo a lo largo del siglo XX hasta la invasión de Indonesia a Timor del Este tras el retiro de los portugueses de ambos países, la invasión de Namibia por Sudáfrica, de Palestina por Israel, el caso de Irlanda del Norte, etc.

Llegamos así a la crítica quizá más aguda que se le ha hecho a la “teoría” poscolonial. En tanto el énfasis de los estudios poscoloniales está en los países que fueron colonias formales de Europa –principalmente Asia y África–, el colonialismo informal que ha ejercido Estados Unidos en América Latina y otras partes del mundo es pasado por alto; lo son igualmente las formas informales de colonización que pueda ejercer un país sobre otro –tratados comerciales, medios de comunicación, intervención militar unilateral, sanciones económicas–; situaciones para las que el término “neocolonialismo”, inventado por los teóricos de la dependencia en América Latina (precisamente con Estados Unidos en mente), puede resultar más idóneo. Anne Mck Clintock encuentra en este “punto ciego” de la teoría poscolonial una poderosa razón para la popularización del término en la academia estadounidense. Se trata, sugiere, de un término más inofensivo que “estudios en neocolonialismo”, menos acusatorio que “estudios sobre imperialismo” y menos foráneo que “estudios sobre el tercer mundo”. Es por tanto, continúa McClintock, un término con el que las autoridades universitarias pueden sentirse más a gusto cuando se trata de organizar congresos, rediseñar especialidades académicas y financiar eventos. “Como rúbrica organizadora de un emergente campo de estudios interdisciplinarios [...] el término ‘post-colonialismo’ hace posible la comercialización de una nueva generación de paneles, artículos, libros y cursos”.<sup>73</sup>

72. McClintock (1992: 85).

73. Ídem (1992: 93). Una crítica similar en Shohat (1992: 99-113).

Es por ello imperativo reparar, antes de caer en la seducción de una moda académica, en que un nuevo término no garantiza un nuevo concepto. Y que las modas académicas están tan condicionadas por las leyes del mercado como cualquier otra moda, así como por los juegos de prestigio y poder en las instituciones productoras de conocimiento.

### Reflexiones finales

Me acuerdo que [...] le dije [a Ribeyro] que alguna vez divulgaría algunos de sus conceptos. "Los conceptos pertenecen al dominio público —me dijo secamente—. Sólo las formas son privadas."

RAMÓN CHAO, prólogo a *La tentación del fracaso: diario personal* de JULIO RAMÓN RIBEYRO (Barcelona, 2003).

Para finalizar, quisiera retomar una interrogante que he formulado líneas atrás y preguntarme, nuevamente, si la escuela subalterna tiene un aporte original. Pese al pesimismo general de mis respuestas yo creo que sí lo tiene. Pero esta originalidad, a mi juicio, no reside tanto en el mágico término "subalterno", ni en hacer "historia desde abajo", cuanto en el hecho de que siendo marxistas, al menos, en sus orígenes, dieran una importancia inusual al estudio del nacionalismo. Y esto es inusual porque, como es sabido, el nacionalismo nunca fue un punto fuerte de la teoría marxista. Más bien, Marx y sus seguidores aludían a él como una "falsa conciencia"; una ideología burguesa destinada a desaparecer con el advenimiento de la sociedad sin clases y la extinción del Estado, esa utopía comunista que aún espera sus días. La marca distintiva de la escuela subalterna fue, pues, cultivar un interés simultáneo por una "historia desde abajo" y una historia nacionalista, en un contexto de descolonización.

Y es quizá este interés por el fenómeno nacionalista, sumado a su temprano interés por el análisis del discurso (hay una correlación obvia entre ambos), lo que más diferencia a los historiadores subalternistas bengalíes de sus homólogos izquierdistas latinoamericanos en la década de 1970 y la primera mitad de los años ochenta. Es también, acaso, una razón adicional para que los estudios subalternos cobren visibilidad en estos días en que el nacionalismo ha vuelto a la academia (y a la política) con renovados bríos tras la caída de los socialismos. Probablemente el nacionalismo no sea la primera temática con la que la escuela subalterna

sea comúnmente asociada. Sin embargo, está suficientemente presente en sus escritos —desde sus textos fundadores hasta los más recientes— como para no ser considerado una preocupación intelectual importante. Y tiene nombres propios: Partha Chatterjee, Shahid Amin, Gyanendra Pandey y Sudipta Kaviraj. Sin olvidar que el propio Guha reivindicó en su manifiesto fundacional la existencia de un nacionalismo popular indio, contra la idea predominante de que el nacionalismo era un atributo exclusivo de las elites, dedicándole al menos un artículo posterior al tema.<sup>74</sup>

Subrayo este punto porque es curioso que el grupo subalternista latinoamericano de los Estados Unidos considere que para los historiadores subalternos "la ideología y la realidad del nacionalismo fueron una invención de las elites".<sup>75</sup> En realidad Guha dijo casi lo opuesto. Su crítica no era una crítica al nacionalismo sino a una historiografía que había escrito una historia *elitista* del nacionalismo, sin reconocer el aporte del pueblo: "Una historiografía de este tipo", escribió "no puede explicar el nacionalismo indio, ya que no reconoce, ni menos interpreta, la contribución del pueblo, *por sí mismo*, es decir *independientemente de la elite*, a la formación y desarrollo de ese nacionalismo".<sup>76</sup> El Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano, por el contrario, promueve la "desnacionalización" de la agenda de investigación, pone en cuestión el concepto mismo de nación y minimiza la importancia de las fronteras nacionales en el mundo contemporáneo. Este énfasis desnacionalizador no es sorprendente, sin embargo, si se repara en que dicho grupo se fundó

74. Véase al Partha Chatterjee de *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse* (1986) más que al Chatterjee de *The Nation and Its Fragments*; este último es un conjunto bastante desigual de ensayos, previamente publicados. El IEP acaba de editar otra colección de ensayos de Chatterjee que incluye aportes más recientes; ver Chatterjee (2007). Ver también Pandey (1988) y Amin (1988). Véase además el importante ensayo de Kaviraj (1993: 1-39). En el mismo volumen ver "Discipline and Mobilize", de Guha, pp. 69-120. Ver también el manifiesto fundacional de Guha, "Sobre Algunos Aspectos de la Historiografía", en Rivera Cusicanqui y Barragán (1997).

75. A la letra: "What is clear from the work of the South Asian Subaltern Studies Group is the axiom that the elites represented by the national bourgeoisie and/or the colonial administration are responsible for inventing the ideology and reality of nationalism". Latin American Subaltern Studies Group (1993: 17).

76. Guha ("Sobre algunos aspectos", 1997: 27). Cursivas del original.

en Estados Unidos y escribió su manifiesto fundacional en inglés. Para ellos, las fronteras nacionales no debían actuar como un factor limitante, pues eran casi ficticias. Sin embargo, nos gusten o no, las naciones son realidades vigentes y las fronteras nacionales siguen afectando adversa o favorablemente la vida de millones de personas en el orbe, dependiendo de qué lado de la frontera uno se encuentre. Pretender pasarlas por alto, sobre todo en el caso de habitar en un país privilegiado, es colocarse en ese “no-lugar” decerteañiano que es el principio de la ideología y el fin de la teoría, como reza nuestro epígrafe.

El nacionalismo ha sido quizá uno de los temas más constantes en la agenda subalternista bengalí, un tema que ha sobrevivido sus mutaciones temáticas a través del tiempo y parece estar especialmente presente entre los subalternistas más vinculados intelectual e institucionalmente a la India, no obstante la creciente internacionalización de sus carreras profesionales. Es el caso, entre otros, de Partha Chatterjee, profesor en Calcuta y en la Universidad de Columbia, Nueva York. En sus escritos más recientes, Chatterjee ha retomado el tema del nacionalismo con nuevos bríos y un vocabulario renovado: los “subalternos” se han convertido en los “gobernados”. Sus textos trasuntan una postura nacionalista, por momentos incluso romántica, y que es especialmente explícita en su polémica con Benedict Anderson, a quien Chatterjee desestima por lo que él califica como su visión europea y américo-céntrica del nacionalismo. Para Chatterjee, la nación y el nacionalismo existieron antes del Estado, en el terreno espiritual y cultural, es decir, en sus manifestaciones menos “occidentales” y menos estatistas. En otras palabras, arguye Chatterjee, la India no se limitó a copiar modelos europeos o americanos: produjo algo propio.<sup>77</sup>

Entender el peso desigual que tuvo el nacionalismo como objeto de estudio y preocupación teórica entre los intelectuales latinoamericanos y los subalternistas indios exige considerar sus respectivos contextos nacionales. Los subalternistas bengalíes lanzaron su proyecto intelectual menos de cuatro décadas después de haber conseguido su independencia de Inglaterra, cuando el Partido del Congreso llevaba ese mismo tiempo gobernando la India en nombre del nacionalismo, un nacionalismo con simpatías socialistas que los subalternistas consideraron elitista y

77. Chatterjee (2007).

crecientemente autoritario y contra el cual dirigieron buena parte de sus críticas. Por esos años, en América Latina (exceptuando quizá México y Cuba) el panorama era muy distinto. Los intelectuales de izquierda sostenían que sus clases gobernantes carecían de nacionalismo y eran históricamente entreguistas: *burguesías compradoras*, en el lenguaje marxista de la época. Esta fue una de las premisas centrales de la teoría de la dependencia. Mal podían pues los latinoamericanos (en particular los sudamericanos) estudiar un fenómeno —el nacionalismo— cuya existencia no percibían, no obstante el nacionalismo implícito en su incriminación a las elites gobernantes de sus respectivos países por “entreguistas”; igualmente nacionalistas fueron prácticamente todas las guerrillas latinoamericanas de los años sesenta y setenta.

La diferencia de fondo está en el hecho de que mientras los bengalíes incriminaban un pasado colonial reciente, y uno poscolonial aún más reciente, las izquierdas sudamericanas protestaban contra un presente neocolonial (el del dominio económico y militar estadounidense), que nada tenía que ver con nuestro pasado colonial (el del dominio ibérico). Por ello el nacionalismo latinoamericano del siglo XX se expresó fundamentalmente como “antiimperialismo”, en alusión directa a la política intervencionista de Estados Unidos. Este es el tipo de sutilezas interpretativas que nos arriesgamos a perder al “post-colonizar”, para decirlo en los términos de Klor de Alva, la experiencia histórica de América Latina.

Si bien la teoría de dependencia (y luego la teoría del sistema mundial) encontró una fórmula narrativa que estableciera una sucesión lineal de “500 años de dependencia”, desde la dependencia política de España entre los siglos XVI al XIX, hasta las dependencias “neocoloniales” (económicas) de Inglaterra y Estados Unidos, en los siglos XIX y XX respectivamente, esta interpretación, aún vigente en muchos textos históricos de divulgación y reciclada en algunos casos como “teoría poscolonial”, sigue siendo polémica y ha sido cuestionada por la historiografía latinoamericanista en muchos frentes.<sup>78</sup>

Pero si de lo que se trata, para concluir, es de propiciar un diálogo entre los aportes metodológicos de la escuela subalterna y la historiografía

78. Véase los trabajos de Gootenberg citados arriba para la época republicana y los de Carlos Sempat Assadourian para la época colonial, especialmente, *El sistema de la economía colonial: mercado interno, regiones y espacio económico* (1982).

latinoamericana, quisiera destacar dos aportes específicos de la primera para el estudio del nacionalismo. El primero se encuentra en un brillante ensayo de Sudipta Kaviraj y se refiere a la forma en que las identidades nacionales impregnan aún los discursos más pretendidamente asépticos y proclamadamente antinacionalistas. Kaviraj sugiere que es importante que los historiadores empiecen por reconocer el propio nacionalismo o, a lo sumo, la pertenencia a una nación y a un grupo específico dentro de ella. En el terreno de la escritura de la historia, ello exige preguntarse “no sólo de quién es la historia, sino para quién es”.<sup>79</sup> Por otro lado, implica admitir que “historiadores que tan denodadamente evitan la compañía de un nacionalismo ordinario por razones ideológicas, caen en ocasiones en su trampa metodológica”. Es decir, no pueden “salir de la historia que el nacionalismo se otorga a sí mismo”; en otras palabras, salir de “la historia nacionalista del nacionalismo”.<sup>80</sup> Y para salir de algo, el primer paso es, por supuesto, reconocer que se está dentro de él.

El segundo factor se refiere a constatar la existencia de nacionalismos populares, como los que destacan Guha y Chatterjee, entre otros. El estudio del nacionalismo popular, que hoy experimenta un *boom* en la historiografía latinoamericanista de Estados Unidos, no ha sido un tema muy abordado en la historiografía de América Latina, menos en el Perú. Sin embargo, alguna vez lo fue, y precisamente porque estos trabajos son escasos y excepcionales, urge sacarlos del olvido. Me refiero a la importante polémica ocurrida en nuestro medio a inicios de los años ochenta, a propósito del libro de Nelson Manrique *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile: campesinado y nación* (1981),<sup>81</sup> un libro que fue escrito con motivo de cumplirse los cien años de la Guerra del Pacífico (conocida en el Perú como la guerra con Chile) y en respuesta a trabajos que, como los del historiador Heraclio Bonilla, desestimaban la capacidad de los campesinos para pensar más allá del universo de sus comunidades, de tener una idea de nación. En esta polémica Bonilla representaba la posición marxista más ortodoxa y la postura dependentista más pesimista; es decir, que los campesinos no pueden pensar la nación y menos ser

79. Kaviraj (1993: 4, 1).

80. Ídem (1993: 7, 1).

81. Manrique (1981); el libro se deriva de una tesis escrita en 1979.

nacionalistas porque el nacionalismo es un atributo de la burguesía, que el Perú ni siquiera tenía burguesía nacional; entonces ¿de qué nacionalismo se podía hablar? Y no la teníamos porque el Perú no era una nación, y no era una nación porque no tenía un mercado interno. Por tanto, si los campesinos lucharon en la guerra lo hicieron ya sea a la fuerza o para vengar antiguos odios étnicos y de clase, sin diferenciar chilenos de peruanos. Manrique, por otro lado, respondía a estas generalizaciones valiéndose de dos armas importantes: el enfoque regional y el trabajo de archivo, ninguno de los cuales parecía ser muy relevante en el análisis Bonilla. Manrique demostró la existencia de campesinos nacionalistas en la sierra central, de campesinos políticos, capaces de forjar alianzas multclasistas y no sólo reaccionar irracional y visceralmente; no eran mera carne de cañón.<sup>82</sup> En ese entonces, Florencia Mallon estaba trabajando también en el valle del Mantaro y llegando a conclusiones muy similares a las de Manrique. Su libro, publicado catorce años después, en inglés, llevaba un título muy parecido *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (1995), y fue considerado por algunos como inaugurador de una corriente historiográfica sobre estudios subalternos en América Latina. Hacia entonces el término “subalterno” ya había hecho su ingreso a la historiografía latinoamericanista de los Estados Unidos y el libro de Mallon contribuyó a afianzarlo.

Con la publicación de ese libro, el aporte original de Manrique sobre el nacionalismo campesino quedó invisibilizado en los Estados Unidos, por una razón tan simple como injustificada: nunca fue traducido al inglés. Y es esta invisibilización, quizá, la que pudo llevar a decir a Dipesh Chakrabarty (ver su ensayo en este volumen) que la gran innovación de la escuela subalterna frente a los enfoques marxistas tradicionales era el reconocer a los campesinos como seres políticos, contra la idea popularizada por Eric Hobsbawm, eminente historiador marxista inglés, de que los campesinos eran seres “prepolíticos”. La idea del campesino como “prepolítico” derivaba de la visión progresiva y lineal de la historia, compartida por el marxismo clásico y la teoría de la modernización, en pocas palabras: que el campesino es una clase políticamente poco evolucionada,

82. Véase Bonilla (1980). La respuesta de Bonilla al libro de Manrique está en Bonilla (1984). Para una continuación del debate véase Manrique (1986: 161-172). Véase también Mallon (1987).

“el furgón de cola de la burguesía”, una clase destinada a perecer con el advenimiento de la sociedad industrial. Pero la crítica a la noción hobsbawmiana del campesino como un ser “prepolítico” que Chakrabarty atribuye originalmente a los subalternistas de la India ya la había formulado Manrique tan temprano como en 1979, es decir, tres años antes del manifiesto fundacional de Guha. No sólo eso, Manrique se adelantaría también a los estudios de nacionalismo popular que luego llevarían a cabo los subalternistas, pues, más allá de develar la existencia de un nacionalismo campesino en el frente armado, señaló cómo este quedó registrado en las danzas y tradiciones populares campesinas de la sierra central, temas que más tarde serían abordados por los antropólogos. La gran desventaja de Manrique, en el mundo de las patentes académicas, fue haber publicado su libro en castellano y en el Perú y permanecer más vinculado a este país que a los circuitos académicos estadounidenses.

Se comprenderá entonces mi escepticismo en relación con las modas académicas. Puedo hasta estar de acuerdo con ciertas ideas que estén de moda. Lo que disputo es la pretensión de originalidad que estas conllevan, amparándose en un nuevo término. Al final, es imposible verificar si una idea se originó en dos o más lugares simultáneamente, pero esto suele ser común en un mundo inadvertidamente interconectado. Quien pueda patentar una idea como propia será siempre quien esté mejor inserto en los mecanismos de poder de la academia a escala internacional, incluyendo la difusión de sus trabajos en determinadas editoriales y una determinada lengua.

Pero no es la invisibilización internacional de los aportes de Manrique lo que más me preocupa, sino su invisibilización nacional. Y es preciso decirlo para evitar caer en la “trampa metodológica” y autoconmiserativa que con frecuencia nos tiende el nacionalismo. Pues el debate en torno al nacionalismo campesino en la Guerra del Pacífico protagonizado hace más de un cuarto de siglo por Manrique y Bonilla, que puede ser considerado, dado su alcance teórico e interés político, como una de las pocas polémicas de nuestra historiografía merecedoras de ese nombre, ha caído en el manto del olvido. El libro de Manrique puede haber tenido admiradores pero no ha tenido émulos. Se trata de un olvido incomprendible en un contexto de resurgimiento de estudios sobre la Guerra del Pacífico en el Perú. Estos estudios responden, en parte, a una coyuntura de reavivamiento de las tensiones con el país vecino y suelen ubicarse,

por tanto, dentro de esa “historia nacionalista del nacionalismo” sobre la que Sudipta Kaviraj nos llama a mantenernos alertas. Si hay un tema ausente en esta reciente literatura es precisamente el de la participación campesina.<sup>83</sup>

¿Qué ha sucedido? ¿Será, como sospecho, que la idea de que el campesinado es parte de la nación y puede ser nacionalista no termina de ser asimilada por los historiadores peruanos? ¿Será que los prejuicios del marxismo clásico, el liberalismo decimonónico y la teoría de la modernización continúan determinando inadvertidamente las elecciones temáticas de la investigación en la historiografía peruana y limeña en particular? ¿Por qué las regiones rurales andinas y sus habitantes no entran con facilidad al dominio de la historiografía? ¿Por qué cuando entran no multiplican su estela, no permanecen por demasiado tiempo? La polémica, entonces, debe continuar en casa. Si de algo nos puede servir el retorno de la “historia desde abajo” desde otras latitudes y con otros nombres, más allá de todas nuestras desavenencias, es para recordarnos a los historiadores peruanos que tenemos una deuda pendiente con los personajes olvidados de nuestro pasado y con lo mejor de nuestra propia historiografía, y con la teoría, entendida como crítica.

Si he elegido terminar estos comentarios aludiendo a una polémica es porque estoy convencida, como Thompson, de que la teoría se alimenta de la crítica. La teoría es un parámetro que nos ayuda a ponderar la particularidad de lo que estudiamos y no un esquema con el cual debemos forzar nuestros datos.

Toda teoría es provisional. La idea de tener una teoría consistente [...] que abarque todo es en sí misma una herejía. Considero [...] [a] la teoría como crítica, como polémica. Creo firmemente en destacar el aspecto teórico de los problemas, pero también creo que a veces [esto] se consigue mejor mediante el método crítico.<sup>84</sup>

83. Una excepción puede ser el libro de Pereyra Plasencia (2006), de indudable importancia empírica.

84. Entrevista a Thompson, en Merrill 1979, p. 313.

## Bibliografía

- ABERCROMBIE, Thomas  
1988 *Pathways of Memory and Power: Ethnography and History among an Andean People*. Madison: University of Wisconsin Press (versión en castellano: *Caminos de la memoria y el poder: etnografía e historia en una comunidad andina*. La Paz/Lima: Instituto de Estudios Bolivianos/IFEA, 2006).
- AGUIRRE, Carlos  
1993 *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud. 1821-1854*. Lima: PUCP.
- AMIN, Shahid  
1988 "Gandhi as Mahatma". En Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 233-350.
- ASSADOURIAN, Carlos Sempat  
1982 *El sistema de la economía colonial: mercado interno, regiones y espacio económico*. Lima: IEP.
- BAHL, Vinay  
2000 "Situating and Rethinking Subaltern Studies for Writing Working-Class History". En Arif Dirlik, Vinay Bahl y Peter Gran (eds.), *History After the Three Worlds: Post-Eurocentric Historiographies*. Lanham/Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, Inc., pp. 85-124.
- BAYLY, C. A.  
2000 "Rallying Around the Subaltern". En Vinayak Chaturvedi (ed.), *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*. Londres/Nueva York: Verso, pp. 116-126.
- BHARDA, Gautam, Gyan PRAKASH y Susie THARU (eds.),  
1999 *Subaltern Studies X*. Delhi: Oxford University Press.
- BOLÍVAR, Simón  
2006 *Carta de Jamaica*. Barcelona: Linkgua Ediciones, SL.

- BONILLA, Heraclio  
1980 "El problema nacional y colonial del Perú en el contexto de la Guerra del Pacífico". En Heraclio Bonilla, *Un siglo a la deriva*, Lima: IEP.
- 1984 "El campesinado indígena y el Perú en el contexto de la guerra con Chile". En *Hisla IV*.
- CARMAGNANI, Marcello  
2004 *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica/Fideicomiso Historia de las Américas, México.
- CHAKRABARTY, Dipesh  
2000 *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press (versión en castellano: *Al margen de Europa*. Barcelona: Tusquets, 2008).
- CHATTERJEE, Partha  
1986 *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse*. Londres: Zed Books.
- 1993 "The Nation and its Peasants". En Partha Chatterjee, *The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton: Princeton University Press, pp. 158-172.
- 2007 *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: IEP/SEPHIS/CLACSO.
- CHIARAMONTI, Gabriela  
2005 "A propósito del debate Herrera-Gálvez de 1849: breves reflexiones sobre el sufragio de los indios analfabetos". En Cristóbal Aljovín de Losada y Sinesio López (eds.), *Historia de las elecciones en el Perú*. Lima: IEP, pp. 325-358.
- CHOCANO, Magdalena  
1987 "Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana". En *Márgenes*, vol. 1, nº 2.

- COOPER, Frederick  
1994 "Conflict and Connection: Rethinking Colonial African History". En *The American Historical Review*, vol. 99, nº 5: 1516-1545, diciembre.
- 2005 *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*. Los Ángeles/Berkeley: University of California Press.
- CORONIL, Fernando  
1992 "Can Post-Coloniality be Decolonized?: Imperial Banality and Postcolonial Power". En *Public Culture*, vol. 5, nº 1: 89-108.
- DE CERTEAU, Michel  
1975 *L'Écriture de L'Histoire*. París: Gallimard (versión en castellano: *La escritura de la historia*. México D. F.: Universidad Iberoamericana, 1993).
- DIRLIK, Arif  
1994 "The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism". En *Critical Inquiry*, vol. 20, nº 2: 328-356, invierno (versión en castellano en este volumen).
- DIRLIK, Arif, Vinay Bahl y Peter Gran (eds.)  
2000 *History After the Three Worlds: Post-Eurocentric Historiographies*. Lanham/Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- FLORES GALINDO, Alberto  
1974 *Los mineros de la Cerro de Pasco 1900-1930*. Lima: PUCP.
- GENOVESE, Eugene  
1976 *Jordan Roll, the World the Slaves Made*. Nueva York: Vintage Books, pp. 25-49.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo  
1963 "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo". En *América Latina*, año 6, nº 3: 15-32.
- GOOTENBERG, Paul  
1989a *Between Silver and Guano: Commercial Policies and the State in Post-Independence Peru*. Princeton: Princeton University Press (versión en castellano: *Caudillos y comerciantes. la formación económica del Estado peruano, 1820-1860*. Cuzco: CBC, 1997).

- 1989b *Tejidos y harinas, corazones y mentes: el imperialismo norteamericano del libre comercio en el Perú 1825-1840*. Lima: IEP.
- GRAMSCI, Antonio  
1949 *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*. Turín: Einaudi.
- 1971 *Prison Notebooks*. Nueva York: International Publishers (versión en castellano: *Cuadernos de la cárcel*. México D. F.: Ediciones Era/Universidad Autónoma de Puebla, 6 vols., 2001).
- GUARDINO, Peter  
2000 *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857*. Stanford: Stanford University Press (versión en castellano: *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México: Guerrero, 1800-1857*. Guerrero: Gobierno del Estado de Guerrero/Instituto de Estudios Parlamentarios/Congreso del Estado de Guerrero, 2001).
- 2005 *The Tree of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850*. Durham: Duke University Press.
- GUHA, Ranajit  
1982 "On Some Aspects of the Historiography of Colonial India". En Ranajit Guha, (ed.), *Subaltern Studies I, Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press (ver edición castellana: "Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India". En Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (eds.), *Debates post-coloniales: una introducción a los estudios de subalternidad*. La Paz: Coordinadora de Historia/SEPHIS/Aruwiyiri, pp. 25-32, 1997).
- 1988 "The Prose of Counter-Insurgency". En Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 45-84 (ver edición castellana: "La prosa de la contrainsurgencia". En Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (eds.), *Debates post-coloniales: una introducción a los estudios de subalternidad*. La Paz: Coordinadora de Historia/SEPHIS/Aruwiyiri, pp. 33-72, 1997).
- 1993 "Discipline and Mobilize". En Partha Chatterjee y Gyanendra Pandey (eds.), *Subaltern Studies VII, Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, pp. 69-120.

- 1997 *Dominance Without Hegemony: History and Power in Colonial India*. Cambridge: Harvard University Press.
- 2001 "Subaltern Studies: Projects of Our Time and their Convergence". En Ileana Rodríguez (ed.), *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Durham: Duke University Press, pp. 35-46 (ver versión en castellano en este volumen).
- HARRIS, Olivia  
1995 "The Coming of the White People': Reflections on the Mythologisation of History in Latin America. En *Bulletin of Latin American Research*, vol. 14, n° 1: 9-24, enero.
- HARRIS, Olivia, Brooke LARSON y Enrique TANDETER (eds.)  
1987 *Participación indígena en los mercados surandinos: estrategias y reproducción social, siglos XVI a XX*, 2 vols. Cochabamba: CERES.
- IRUROZQUI VICTORIANO, Marta  
2000 "A bala, piedra y palo": la construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952. Sevilla: Diputación de Sevilla.
- IRUROZQUI VICTORIANO, Marta (ed.)  
2005 *La mirada: reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú), siglo XIX*. Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas.
- JAMES, C. L. R.  
1938 *Black Jacobins*. Nueva York: The Dial Press.
- JOSEPH, Gilbert M.  
1990 "On the Trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance". En *Latin American Research Review*, vol. 25, n° 3: 7-53.
- KANT DE LIMA, Roberto  
1992 "The Anthropology of the Academy: When We Are the Indians". En *Knowledge and Society: The Anthropology of Science and Technology*, vol. 9: 191-222.

- KAVIRAJ, Sudipta  
1993 "The Imaginary Institution of India". En Partha Chatterjee y Gyanendra Pandey (eds.), *Subaltern Studies VII, Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, pp. 1-39.
- KENNEDY, Dane  
1996 "Imperial History and-Colonial Theory". En *Journal of Imperial and Commonwealth History*, n° 24: 345-363.
- LARSON, Brooke y Olivia HARRIS (eds.)  
1995 *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes*. Durham: Duke University Press.
- LASO, Francisco  
2003 *Aguinaldo para las señoras del Perú y otros ensayos (1854-1869)*. Lima: Museo de Arte de Lima/Instituto Francés de Estudios Andinos (estudio introductorio, edición y notas por Natalia Majluf).
- LISSO, Marixa  
2003 "Revisiting Independence Day". En Mark Thurner y Andrés Guerrero (eds.), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*. Durham: Duke University Press.
- LATIN AMERICAN SUBALTERN STUDIES GROUP  
1993 "Founding Statement". En *Boundary 2*, vol. 20, n° 3: 110-121, otoño.
- LEWIS, Martin W. y Kären E. WIGEN  
1997 *The Myth of Continents: A Critique of Metageography*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.
- MALLON, Florencia  
1987 "National and Antistate Coalitions in the War of the Pacific: Junín and Cajamarca, 1879-1902". En Steve Stern (ed.), *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries*. Madison: The University of Madison Press, pp. 232-279 (versión en castellano: "Coaliciones nacionalistas y antiestatales en la Guerra del Pacífico: Junín y Cajamarca, 1879-1902". En Steve Stern (ed.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes: siglos XVIII al XX*. Lima: IEP, 1990).

- 1994 "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History". En *The American Historical Review*, vol. 99, nº 5: 1491-1515, diciembre (versión en castellano en este volumen).
- 1995 *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press (versión en castellano: *Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*. México D. F.: CIESAS, 2003).
- MANRIQUE, Nelson
- 1981 *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile: campesinado y nación*. Lima: Centro de Investigación y Capacitación/Ital Perú.
- 1986 "Campesinado, guerra y conciencia nacional". En *Revista Andina*, vol. 4, nº 1: 161-172.
- MBEMBE, Achille
- 1992 "Prosaics of Servitude and Authoritarian Civilities". En *Public Culture*, nº 5, otoño.
- McCLINTOCK, Anne
- 1992 "The Angel of Progress: Pitfalls of the Term "Post-Colonialism"". En *Social Text*, nº 31/32: 84-98.
- MÉNDEZ G., Cecilia
- 1995 *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: IEP. Documento de trabajo nº 56, segunda edición revisada.
- 2006 "Reseña a Mark Thurner y Andrés Guerrero (eds.), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*, Durham: Duke University Press, 2003". En *Hispanic American Historical Review*, vol. 2, nº 86: 358-361.
- 2002 *El poder del nombre o la construcción de identidades étnicas y nacionales en el Perú: mito e historia de los iquichanos*. Lima: IEP. Documento de trabajo nº 115.
- 2004 "Tradiciones liberales en los Andes: militares y campesinos en la formación del Estado peruano". En *Estudios Interdisciplinarios de*

- América Latina y el Caribe (EIAL)*, vol. 15, nº 1, enero-junio. También disponible en <www.tau.ac.il/eial/XV\_1/mendez.html> (edición revisada en Marta Irurozqui (ed.), *La mirada: reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú)*, siglo XIX. Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas).
- 2005 *The Plebeian Republic: The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*. Durham/Londres: Duke University Press.
- 2008 "Militares populistas: ejército, campesinado y ciudadanía en el Perú" (publicado en este volumen).
- MERRIL, Michael
- 1979 "Entrevista a Thompson". En Edward P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- MIGNOLO, Walter
- 2000 *Local History/Global Designs*. Princeton: Princeton University Press (versión en castellano: *Historias locales/diseños globales*. Madrid: Ediciones Akal, 2003).
- O'HANLON, Rosalind y David WASHBROOK
- 1992 "After Orientalism: Culture, Criticism, and Politics in the Third World". En *Comparative Studies in Society and History*, vol. 34, nº 1: 141-167, enero.
- PANDEY, Gyanendra
- 1988 "Peasant Revolt and Indian Nationalism". En Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 233-350.
- PEREYRA PLASENCIA, Hugo
- 2006 *Andrés A. Cáceres y la Campaña de la Breña (1882-1883)*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.
- PRAKASH, Gyan
- 1990 "Writing Post-Orientalist Histories of the Third World: Perspectives from Indian Historiography". En *Comparative Studies in Society and History*, vol. 32, nº 3: 383-408.

- 1994 "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism". En *The American Historical Review*, vol. 99, nº 5: 1475-1490, diciembre.
- QUIJANO, Aníbal  
1992 "Colonialidad y modernidad-racionalidad". En Heraclio Bonilla (ed.), *Los conquistados: 1492 y la población indígena en las Américas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores/FLACSO/Librimundi, pp. 437-447.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia y ROSSANA BARRAGÁN (eds.)  
1997 *Debates post-coloniales: una introducción a los estudios de subalternidad*. La Paz: Coordinadora de Historia/SEPHIS/Aruwiyiri.
- RODRIGUEZ, Ileana (ed.)  
2001a *Convergencia de tiempos. Estudios subalternos/contextos latinoamericanos: Estado, cultura, subalternidad*. Ámsterdam: Editions Rodlopi.  
2001b *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Durham: Duke University Press.
- RODRIGUEZ O., Jaime  
1998 *The independence of Spanish America*. Cambridge: Cambridge University Press (ver edición en castellano: *La independencia de la América española*. México D. F.: FCE, 1996).  
2006 *La revolución política durante la época de la independencia: el reino de Quito, 1808-1822*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional.
- SANDERS, James  
2005 *Contentious Republicans: Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia*. Durham: Duke University Press.
- SHOHAT, Ella  
1992 "Notes on the 'Post-Colonial'". En *Social Text*, nº 31/32: 99-113.
- SPALDING, Karen  
1984 *Huarochiri: An Andean Society Under Inca and Spanish Rule*. Stanford: Stanford University Press.

- SPIVAK, Gayatri Chakravorty  
1988a "Can The Subaltern Speak?". En Cary Nelson y Lawrence Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*. Urbana/Chicago: University of Illinois Press, pp. 271-316.  
1988b "Subaltern Studies: Deconstructing Historiography". En Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 1-32.
- STARR, Peter  
1995 *The Logics of Failed Revolt. French Theory After May '68*. Stanford: Stanford University Press.
- THIBUAD, Clément  
2003 *Repúblicas en armas: los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- THOMPSON, E. P.  
1963 *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Pantheon Books (versión en castellano: *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra*. 3 vols. Barcelona: Laia, 1977).  
1979 "La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?". En E. P. Thompson, *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica, pp. 13-61.  
1993 "The Patricians and the Plebs". En E. P. Thompson, *Customs in Common, Studies in Traditional Popular Culture*. Nueva York: The New Press (versión en castellano: *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica, 1991).
- THOMSON, Guy y David LAFRANCE  
1999 *Patriotism, Politics, and Popular Liberalism in Nineteenth-Century Mexico*. Wilmington: Scholarly Resources.
- TURNER, Mark y Andrés GUERRERO (eds.)  
1997 *From Two Republics to One Divided*. Durham/Londres: Duke University Press (versión en castellano: *Republicanos andinos*. Lima: CBC/IEP, 2006).

2003 *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*. Durham: Duke University Press.

TROUILLOT, Michel-Rolph

1994 *Silencing The Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press.

WEINSTEIN, Barbara

2005 "History Without a Cause? Grand Narratives, World History, and the Postcolonial Dilemma". En *Internacional Review of Social History*, vol. 50, parte 1: 71-94, abril.

WINN, Peter

1986 *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*. Nueva York: Oxford University Press.

2005 *Americas: The Changing Face of Latin America and the Caribbean*, 3ª edición revisada. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press.

WOLFE, Patrick

1997 "Review: History and Imperialism: A Century of Theory, from Marx to Postcolonialism". En *The American Historical Review*, vol. 102, nº 2: 388-420, abril.

WOMACK, John

1969 *Zapata and the Mexican Revolution*. Nueva York: A. Knopf (versión en castellano: *Zapata y la revolución Mexicana*. México D. F.: Siglo XXI, 1975).

## II

PERSPECTIVAS ALTERNATIVAS  
PARA ENTENDER NUESTRO TIEMPO.  
GLOBALIZACIÓN, NACIONALISMO  
Y DESIGUALDAD EN AMÉRICA LATINA